

7.117 POLLOS  
Y MEDIO



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA," S.A.



## 7.117 POLLOS Y MEDIO

No, amigo mío; esta noche no—dije a mi perro, *Tom* bajó la cabeza y sus expresivos ojos me dirigieron una mirada de contrariedad que me hizo arrepentirme de mis palabras. Abrí el cajón donde guardaba las botas de agua y las polainas y las contemplé medio decidido a ponerme las y afrontar, por complacer a mi perro, la pertinaz lluvia que estaba cayendo. Pero el dulce fuego de la chimenea y la butaca que había al lado eran imanes demasiado poderosos, por lo cual cerré el cajón, y, en vez de ponerme las pesadas botas y las polainas de cuero, me calcé las cómodas pantuflas de alfombra.

—No, amigo mío—repetí, al tiempo que *Tom* apoyaba el hocico en mi pierna y me miraba cara a cara con expre-



# CUENTOS DE CALLEJA



... un jovencuelo descarado se encaramaba en lo alto de la cabeza de Tom...



# CUENTOS DE CALLEJA



sión suplicante—; está la noche demasiado lluviosa para salir a dar una vuelta. Soy capaz de soportar el viento, el granizo y la nieve, pero no puedo con una llovizna tan porfiada como la de hoy.

En aquel momento entró en mi casa el ama de llaves.

—¿Estaban hoy los huevos pasados por agua como le gustan a usted?—preguntó bondadosamente.

—Estaban como siempre los pone usted... al pelo.

—¿No sale usted esta noche?

—No, llueve mucho y está la chimenea en tan admirables condiciones que... en fin, que tengo pereza esta noche.

—Sí, eso debe ser—repuso mi interlocutora—, porque hasta ahora no ha habido nada que le retuviese a usted en casa.

—No encienda la luz. Me basta y prefiero la del fuego. No, no estoy malo—añadí, contestando a una mirada de extrañeza—; ni malo ni enamorado; un poco soñoliento y nada más.

Al cerrar la puerta me pareció oírla murmurar: “Debe de ocurrirle algo”; y *Tom*, la lumbre y yo nos quedamos solos.

—¡Qué bien hace los huevos pasados por agua!—dije a mi compañero. (Los compañeros silenciosos son a veces la mejor compañía.)— ¡Es una cocinera excelente! Hay muy pocas personas que sepan preparar los huevos a gusto de uno, y esta mujer es una de esas pocas personas.

—¡Hay que ver los que te has comido!—empezó a decirme una voz interior—. Todas las mañanas te tomas uno y a veces dos. Debes de haber consumido huevo y medio



diario, por término medio, durante los trece últimos años, sin contar los que te habrás comido en pasteles y yemas de confitería.

En este punto mi cerebro empezó a echar cuentas, ocupación a la que está muy acostumbrado. Trece, multiplicado por trescientos sesenta y cinco: cuatro mil setecientos cua-



renta y cinco... Cuatro mil setecientos cuarenta y cinco, multiplicado por uno y medio: siete mil ciento diez y siete y medio.

—Siete mil ciento diez y siete y *medio*—repitió la voz interior con tono regañón y recalcando mucho el *medio*—, siete mil ciento diez y siete y *medio*... ¡y *medio*!

—¿No te has fijado nunca—dijo la voz después de un

# CUENTOS DE CALLEJA

breve intervalo de silencio—, no has caído en la cuenta de que cada vez que rompías el cascarón de un huevo matabas un pollito?

Yo repuse no sé qué, a propósito de que el huevo no era un pollo cuando me lo traían en el plato.

—¿No has pensado nunca—continuó la voz solemnemente—, no te has acordado jamás de su pobre madre?

Confesé sinceramente que nunca había pensado en ella.

—¿No has...?

La pregunta fué interrumpida por un largo y sordo gruñido de *Tom*.

—¿Qué es eso, *Tom*?

Otro gruñido más largo y más sonoro que el anterior.

—Debe de estar soñando—pensé.

Otro gruñido; pero esta vez alzó el perro la cabeza y la volvió hacia la puerta.

—¿Qué te ocurre, amigo mío? ¿Sueñas?

Pero mis palabras no calmaron al perro. Gruñendo lo más fieramente que sabía, se dirigió a la puerta y empezó a olfatear por la rendija del suelo. Yo entonces me levanté de la poltrona y, sujetando a *Tom* por el collar, abrí la puerta. Con el más profundo asombro vi sobre el frío linoleum un pollito chiquitín. *Tom* bajó la cabeza para mirar al tierno animalito y luego la alzó para mirarme, diciéndome con los ojos, tan claramente como si hablase:

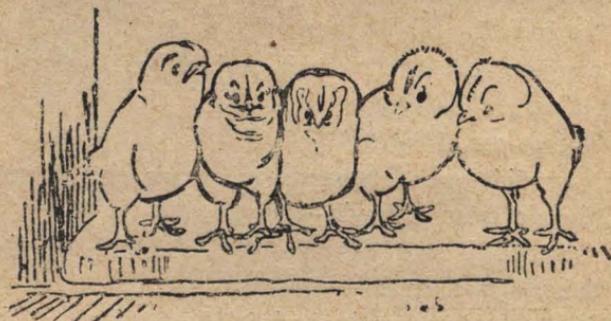
—No hace falta que me sujetes; no le haré daño.

El pollito no se asustó nada al ver al perrazo. Piando de satisfacción pasó a brinquitos por debajo de *Tom*, se dirigió rápidamente a la chimenea y, con gran regocijo de

mi parte, se encaramó en la metálica barra del guarda-fuego. Cerré la puerta, y *Tom* y yo recobramos nuestras respectivas posiciones ante la lumbre, contemplando tranquilamente a la d'iminuta avecilla.

Pero a los pocos momentos *Tom* volvió a gruñir y a olfatear por debajo de la puerta.

—¿Será otro pollito?—pensé—. Tal vez esté por ahí



una pollada entera, aunque no es ésta la época de criar pollos.

Abrí la puerta, e imagínese mi sorpresa al ver en línea, en el umbral, cinco pollitos, hermanas y hermanos gemelos del primero.

—Entrad, pollitos—dije deferentemente—. Con toda confianza, como si estuvierais en vuestra casa.

Sin aguardar segunda invitación avanzaron con vivos pasitos por la alfombra y se juntaron con su amigo en la barra de la chimenea.

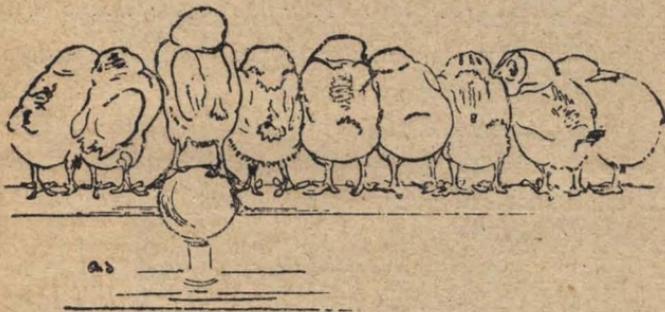
Daba gusto ver la línea de pollitos encaramados en el

# CUENTOS DE CALLEJA

hierro. Su aspecto me hacía reír de más buena gana que una pantomima y que un chiste de periódico cómico. A *Tom* también le hacía gracia aquello; pero como no podía reírse, tenía que contentarse con poner la expresión más graciosa que he visto en mi vida.

Cinco minutos después *Tom* volvió a indicar que había más visitantes en la puerta.

—Esto pasa de castaño obscuro. Pero veremos—dije



tratando de recordar lo que sabía acerca de la cría de gallinas—. Una pollada suele constar de trece pollos; por lo menos ese es el número de huevos que se echan a las gallinas cluecas... Bueno; me parece que habrá bastante sitio en la barra para los trece—. Y diciendo esto abrí la puerta, creyendo encontrar siete pollitos más en espera de admisión. Pero no había más que tres.

—¿Ya estáis aquí, chiquitines?—dije—. Más vale tarde que nunca. Adelante, adelante; hay sitio de sobra en la barandilla.

Nueve pollos quedaron alineados ante el fuego de la chimenea.

—Yo creo, *Tom*, que lo mejor será dejar la puerta abierta—dije—. No tardarán en llegar los cuatro pollos que faltan, y se cansa uno de tanto levantarse a abrir.

No llevaba muchos minutos sentado cuando oí leves pisitos en el linoleum.

—¡Ah! ¡Ya están ahí!—dije sin molestarme en volver la cabeza—. Entrad, entrad, amigos míos, que está la noche muy fría para andar con cumplidos. Suprimamos la presentación. No tengáis miedo, que aquí están vuestras hermanas y vuestros hermanos. Uno... dos... tres... cuatro; sí, ya están los trece... ¡Cómo! ¿Otro? ¡Y otro...! Diez y seis... diez y siete... diez y ocho... diez y nueve... ¡veinte!

El ruido de las pisadas crecía como si desfilara todo un ejército de pollitos.

—¿Qué será esto?—me pregunté espantado al ver precipitarse en mi habitación los pollos a centenares. Unos saltaban a las sillas y a la mesa; otros trepaban a la repisa de la chimenea y a las estanterías de los libros, y uno de ellos, un jovencuelo descarado, se encaramaba en lo alto de la cabeza de *Tom*. Mi perro se había criado en el campo y estaba acostumbrado a ver pollos, pero jamás había visto una pollada tan numerosa. Tenía pollitos encima, pollitos debajo, pollitos en la cola, y, como acabo de decir, tenía también un pollo en lo alto de la cabeza. Y la avalancha de pollos continuaba. *Tom*, que parecía ya una roca negra asomando en un mar amarillo de pollitos, me miraba, demandando auxilio como un ser desamparado.

# CUENTOS DE CALLEJA



...Tenía pollitos encima, pollitos debajo, pollitos en la cola...



# CUENTOS DE CALLEJA

—¡Pobre Tom!—dije para animarle—. ¡Pobrecillo!  
¡No te apures! ¡Pronto se marcharán los pollos!

Pero los pollos no se iban ni daban muestras de pensar marcharse.

—Quizá se vayan cuando sea su hora de comer—pensé.

Pero estaban demasiado contentos y satisfechos para sentir hambre. Además, se habían posesionado de mi cuarto



con tanta confianza que me obligaron a hablarles en serio. Por lo general, yo soy de muy buena pasta y tengo mucha paciencia; pero la presencia de aquellos animales, que se arreglaban su plumoncillo y charlaban unos con otros de sus asuntos particulares como si estuvieran en su casa, acabó con mi paciencia y con mi bondad. No tenían la menor consideración para con Tom ni para conmigo, ni nos respetaban, ni nos tenían miedo; y ¿cómo van a estar a gusto las cosas grandes, como los perros de Terranova y los hombres hechos y derechos, entre unas cosas tan pe-

# CUENTOS DE CALLEJA

queñas como los pollitos, si estas cosas pequeñas no se muestran respetuosas y tímidas?

—¡Pollitos!—dije con tono de firmeza—. ¡Esto pasa ya de castaño oscuro! A mí me gustan las bromas como al primero, pero esta invasión de mi cuarto, mi domicilio inviolable, no es broma; es sencillamente una desvergüenza. Sentiría mucho emplear mis fuerzas o los afilados dientes de mi perro, pero me veré obligado a ello si no empezáis a retiraros.

Yo esperaba que este discurso obligaría a los pollos a retirarse atropelladamente de mi habitación; pero sólo sirvió para que uno de los pollitos de encima de la mesa se irguiera todo lo posible y lanzara un ki-ki-ri-kí retador.

Se avecinaba la crisis.

—Gruñe, *Tom*—dije; y el perro obedeció, haciendo un ruido semejante al del trueno lejano.

Los pollitos suspendieron sus diversas ocupaciones, pero sólo un instante.

—Ladra, *Tom*—ordené; y *Tom* dió un ladrido, ¡qué ladrido, Dios mío! Trepidaron todos los ornamentos de la repisa de la chimenea y los hierros del hogar empezaron a bailar en el guardafuego.

—¡Otro!—mandé; y *Tom* dió otro ladrido tal, que jamás lo he vuelto a oír tan terrible.

Pero los pollitos tomaron los ladridos del perro como un espectáculo para su diversión, y algunos tuvieron la desfachatez de aplaudir los ejercicios vocales de *Tom* dando pataditas.

—*Tom*, enséñales los dientes.



# CUENTOS DE CALLEJA



El perro les mostró toda la dentadura y cerró la boca chocando fuertemente las quijadas para aumentar el efecto. Pero el único efecto que consiguió fué que aumentasen las pataditas, que hacían las veces de aplausos, y que resonara un coro de risas piadas. Animado por el espectáculo, uno de los pollos que se hallaba en lo alto de la chimenea saltó a mi cabeza y aseguró la postura hundiendo las uñas en mi pelo.

Había llegado el momento de echar otro discurso.

—Pollitos — dije solemnemente —, preparaos para morir. Es una lástima tener que manchar con vuestra sangre la alfombra, porque es nueva y cara, y las manchas de sangre son malas de quitar, según tengo entendido; pero no se dirá nunca que yo, Teófilo, dejo de cumplir mis deberes por miramientos a una alfombra. ¡No; mejor quiero que se diga que sacrifiqué todo cuanto poseía! A fin de que tengáis tiempo de retiraros antes de que mi perro y yo empecemos la matanza, voy a dedicar un ratito a describir nuestro método de ataque. (Escucha, Tom.) Comenzaremos el ataque por retaguardia, cerrando ante todo la puerta para suprimir toda probabilidad de escape en esa dirección. La única salida que os dejaré será la chimenea; pero tened presente que para llegar a ella habréis de cruzar el fuego. Mi perro atacará el flanco derecho, mientras yo me las entiendo con el flanco izquierdo. El perro usará sus dientes, y, como habréis visto, posee una colección magnífica; mi arma será ese grueso garrote que veis en aquel rincón. De cada golpe caeréis una docena moribundos. A los que no estáis en el suelo se os tratará de diferente modo.



# CUENTOS DE CALLEJA



En vuestro caso resultaría peligroso para los muebles el uso del garrote, por lo cual adoptaré otro plan: un plan tan nuevo como sorprendente. No he de explicarlo en detalle; me limitaré a afirmar que es rápido y mortífero. Terminada la batalla y en salvo nuestro honor, vuestros cadáveres serán enterrados en una profunda fosa, que *Tom* abrirá con mucho gusto. Sólo se perdonará la vida a uno de vosotros para que cuente el fin de sus compañeros y para que prevenga a todos los pollos, a fin de que no vuelvan a gastar bromas con hombres ni con perros. Nadie podrá decir que...

En aquel momento atrajo mi atención un objeto pequeño y negro que entraba en el aposento. Le miré con fijeza y al fin descubrí que era medio pollito.

También observé que los pollos que estaban en el suelo abrían paso al nuevo visitante e inclinaban la cabeza hasta el suelo con aire de gran humildad.

—Este debe de ser algún personaje—pensé—. Hablaré a su señoría. Buenas noches—dije con la cortesía más grande—. Me figuro que es usted el pollo...

—Usted perdone, caballero—interrumpió el pequeñín con tono de gran señor—. Yo no soy un pollo... Soy Medio.

—Dispense usted, señor Medio—repuse—. Supongo que que será antes la persona... no... el... el...

—El general en jefe—dijo el Medio ayudándome a terminar la frase.

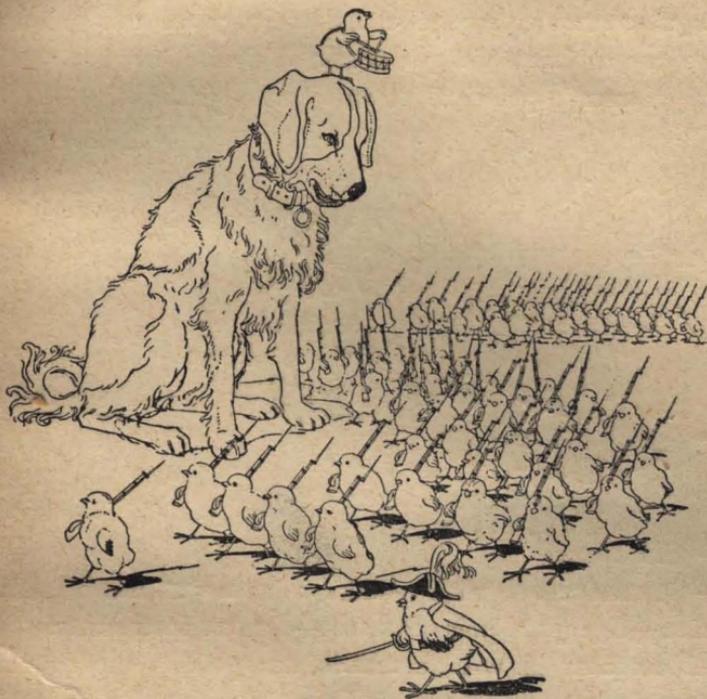
—Muchas gracias—repuse—. Puesto que es usted quien manda, ¿tendrá la bondad de ordenar a estos pollitos que den media vuelta y se marchen de este cuarto? Ya he disfrutado de su compañía todo lo deseable.



# CUENTOS DE CALLEJA

—Caballero—replicó el Medio altaneramente—. ¡Yo no tengo por qué recibir instrucciones de usted!

El desdén con que me contestó era verdaderamente gracioso.



—Pues entonces, ¿de quién recibe usted instrucciones?— pregunté.

—Eso le tiene a usted completamente sin cuidado. ¡Jsted no es quién para dirigir preguntas a sus superiores—; y

diciendo esto saltó a mi rodilla y se quedó mirándome con expresión retadora.

Un solo movimiento de mi mano hubiera bastado para arrojar a la lumbre al general en jefe, pero no hice más que sonreirme. El general no se mostró tan cortés como yo; antes al contrario, arrugó el entrecejo, y me miró airadamente con el único ojo que poseía. Volvióse luego y, dando frente al cuerpo principal de su ejército, gritó:



—¡En línea!

—Se conoce que va a mandar a las tropas hacer la instrucción—dije para mis adentros—. Será interesante.

Al escuchar la voz de mandó, los pollitos que estaban en el suelo se organizaron en línea de a dos.

—¡Atención! ¡De cuatro en fondo!

El movimiento no fué hecho a satisfacción del Medio.

—¡Como estaban antes!—gritó con toda la fuerza de su pulmón—. ¡De cuatro en fondo! ¡Media vuelta a la derecha! ¡Marchen!

# CUENTOS DE CALLEJA

Los pollitos marcharon por el aposento con paso muy marcial, lo cual me sorprendió, entre otras cosas, porque no tenían banda de música que les marcara el compás.

—¡Media vuelta a la derecha!—ordenó el general con voz tonante.

Los pollitos hicieron la maniobra sin desviarse un ápice de la línea.

—¡Alto!—gritó el general.

Instantáneamente se detuvieron las filas. Desde el momento que se cumplió la orden ni un solo pollo del batallón movió un solo músculo. El Medio se mostró complacido y mandó:

—¡En su lugar... descanso...! Ahora—añadió el general mirándome con orgullo—dígame qué le parece todo esto.

—Me parece—repuse—un espectáculo capaz de alegrar el corazón de cualquier soldado, y siento que nuestro general en jefe no haya tenido ocasión de ver el perfecto estado de instrucción de las tropas de usted. No dejaré de contárselo en cuanto vuelva a echar un cigarro en su compañía.

El Medio hizo una inclinación de cabeza y, volviéndose hacia su ejército, gritó:

—¡Atención! ¡Numeraos!

Los pollitos respondieron a la orden con voz clara y rápidamente:

—Uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis... siete... ocho... nueve... diez ... veinte... treinta... cuarenta... cincuenta... sesenta... setenta... ochenta... noventa... ciento... doscientos... trescientos... cuatrocientos... quinientos... seis-

cientos... setecientos... ochocientos... novecientos... mil... dos mil... tres mil... cuatro mil... cinco mil... seis mil...

Al llegar a seis mil cesó la numeración con gran satisfacción mía.

—El grueso de nuestro ejército—dijo el Medio dirigiéndose a mí con tono sereno y caballeresco—se compone de seis mil pollos. Nuestra reserva cuenta con algo más de mil individuos.

Encaróse con los pollitos de la mesa, de la repisa y de las estanterías, y gritó con voz potente:

—¡Reserva! ¡Numeraos!

Con igual precisión fueron contando su número los de la reserva, hasta el mil ciento quince.

—Mil ciento quince—murmuró el general como si hiciera un cálculo mental—. No puede ser. ¡Pollos de la reserva—gritó—, ha habido un error en la numeración! ¡Si los dos individuos que no se han numerado no lo hacen en seguida, castigaré a todos a media hora de ejercicio.

—Mil ciento diez y seis—gritó la vocecilla del pollo que estaba encaramado en la cabeza de *Tom*.

—Mil ciento diez y siete—pió un polluelo que se había ocultado detrás de mi cogote.

—Seis mil es el número de individuos del grueso del ejército—dijo el Medio inclinándose cortésmente ante mí—y mil ciento diez y siete el de la reserva, o sea un total de siete mil ciento diez y siete. Añadiendo a la cifra este humilde servidor, que no es más que una mitad, obtendrá usted el total general de siete mil ciento diez y siete y medio.

# CUENTOS DE CALLEJA

¡Era el número de huevos que yo me había comido!

—¿Le suena a usted la cifra? ¿Ha contado usted alguna vez esa cantidad?—preguntó el general en jefe echándome una mirada intencionada con su único ojo—. ¿Eh?

—Es muy probable—respondí despreocupadamente.

—¿Y qué?—dijo el Medio.



—¿Y qué?—repuse—. Continúe.

—¡Monstruo desvergonzado!—exclamó—. ¡Discúlpese!

—¿Ante quién? ¿Ante medio pollo? ¡Jamás! ¡Te desafío a ti y a tus tropas!

El general en jefe se picó y, dando una rápida media vuelta, gritó con voz campanuda:

—¡A las armas!

Con profunda sorpresa de mi parte, porque no tenía la menor idea de que los pollitos estuviesen armados, cada

uno sacó un diminuto fusil del modelo más moderno y mortífero.

El Medio volvió a mirarme y repitió:

—¿Y qué?

—¿Y qué?—dije a mi vez.

El ojillo del Medio relampagueó de rabia y gritó:

—¡Preparen!

En menos tiempo que se tarda en decirlo quedaron cargados seis mil fusiles.

—¡Apunten!

Seis mil cañones de fusil apuntaron a mi cabeza.

Como queriendo darme todavía ocasión de disculparme, volvió a dirigirme la palabra:

—¿Y qué?

—Una vez—repuse—vi un burro que se pasaba el día dando vueltas a una noria, y, sin embargo, no era tan burro como usted, señor Medio, si cree que me asustan usted y sus bravatas.

—¿Y qué más?—repitió el Medio airadamente.

—Pues que la noria sacaba agua y usted no va a sacar nada en limpio.

—¿Y qué más?

—Me parece que tengo ahí una fotografía del burro y de la noria. Voy a enseñársela.

Ya iba a coger el álbum de las fotografías, cuando sentí un agudo pinchazo en la mejilla. Me lo había inferido el general con la punta de su espada, arma del tamaño de una aguja, que el Medio esgrimía amenazadora alrededor de mi cabeza.

# CUENTOS DE CALLEJA



—¡Vamos a ver!—gritó con tono sibilante el frenético general—. ¿Quieres morir?

—Hombre, esa es una cuestión demasiado importante para decirla de sopetón. Meditaré el asunto y le contestaré oportunamente, como decimos en los negocios.

—¡Escucha!—dijo el general con demasiada furia para no ser más que medio pollo—. Seis mil fusiles te están apuntando en este mismo instante. Una voz de mando mía y te verás atravesado por seis mil balas.

—¿Y qué?—dije empleando las palabras del Medio.

—¿Doy la voz?

—Haga usted lo que le dé la gana, señor mío. No cuente conmigo para nada. Además, usted no acata mis instrucciones.

Murmurando “¡Venganza!”, el general Medio giró rápidamente sobre su única patita y vi claramente que iba a dar la orden que pondría fin a mi existencia.

—¡Abajo el yugo extranjero!—grité. ¡La patria espera que cada hombre y cada perro cumpla hoy con su deber! ¡Tres vivas a la patria! ¡Viva...! ¡Sus y a ellos! ¡Adelante...! ¡Viva Tom! ¡Viva el rey...! ¡Viva!

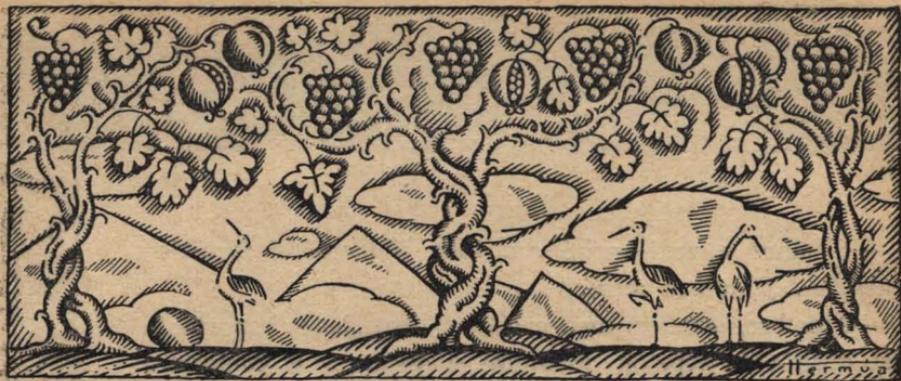
El general esperó a que concluyesen mis aclamaciones.

—¡Fuego!

A esta palabra siguió un ruido semejante al redoble de un trueno. Me estremecí... abrí la boca... ¡Y desperté!

La lumbre se había apagado, pero el noble hocico de mi perro seguía apoyado en mi rodilla...





## PROTECCION DE PALOMAS

VIVÍA, hace ya muchos años, un pobre aldeano que tenía dos hijas, la mayor de las cuales, que se llamaba Marta, tomó un violento odio a su hermana, que se llamaba Natalia y que era amable, linda y bondadosa.

A medida que los años pasaban, eran mayores la antipatía y la envidia de Marta hacia su hermana, sobre todo sabiendo que Natalia era la predilecta en todas partes y que la pretendían todos los mozos del lugar. Marta hacía todo lo posible por amargar la vida a Natalia; la encargaba de todos los trabajos rudos de la casa, la molestaba y la regañaba todo cuanto podía, y se esforzaba por poner en contra suya a todo el mundo. Pero Natalia no hacía caso; más bella cada día y más amable, trabajaba siempre de



# CUENTOS DE CALLEJA

buena gana, sin pronunciar una sola palabra de queja. Esto molestaba a Marta grandemente, pues veía con rabia y desencanto que, a pesar de sus malos tratos, Natalia seguía cada vez más amable y atractiva y, al parecer, contenta con su suerte. El padre, que unas veces andaba buscando trabajo y otras dormía junto a la lumbre, no se ocupaba gran cosa de las muchachas.

UN día que estaba Marta buscando fresas silvestres en el bosque se encontró, espantada, con un horrible diablillo que le hacía señas.

—No te asustes—le dijo el trago—. Soy bueno. Además, tú y yo somos amigos y no te haré daño alguno. Estoy aquí para ayudarte a deshacerte de tu hermana. Sé que la aborreces; yo también la detesto, y me alegraré de poder hacer algo para quitar del mundo estorbo semejante.

Marta se tranquilizó al oír estas palabras.

—¿Y cómo vas a yudarme?—le preguntó.

—Envíame a tu hermana con cualquier pretexto, que lo demás corre de mi cuenta.

—¿Y dónde puedo luego verte?

—En la maravillosa tienda que tengo en el centro del bosque, donde puedes comprar todo cuanto quieras, desde un cuarto de simientes de girasol, hasta una pierna de cordero.

—Está bien—repuso Marta—. Te mandaré en seguida a mi hermana.

En cuanto llegó a su casa la perversa muchacha escondió todas las cerillas y hasta el último cabo de vela, y apagó el aceite bendito que lucía ante la Virgen y, al anochecer, se fué a buscar a su hermana.

—¡Natalia! ¡Natalia! Oye, hija, se me ha olvidado traer cerillas y velas y está anocheciendo, y lo peor de todo es que se ha apagado la lámpara y no sé cómo encenderla. De seguro nos pasará algo malo si no encendemos al momento la lámpara. Anda, corre al bosque a comprar velas y cerillas, que allí vive un amigo mío que tiene una tienda muy buena y te fiará lo que pidas.

—¿Y por qué no pides una cerilla a la vecina?

—¡Anda y haz lo que digo, desagradable! ¡Nunca haces nada sin replicar algo!—dijo Marta furiosa.

Natalia, sin pararse a oír más, corrió al bosque. Era ya casi de noche y apenas veía el camino; pero no sentía miedo, porque su deseo era complacer a su hermana lo mejor posible.

Al fin, después de haber andado mucho, se encontró de pronto envuelta en claridad y vió ante sí una casita de aspecto extraño, sobre cuya puerta había una calavera, encendida por dentro, que echaba rayos de luz por los ojos, la nariz y la boca, iluminando todo el bosque alrededor de la casa.

Era esto tan inesperado y tan medroso, que la pobre Natalia empezó a temblar, y seguramente hubiera echado

# CUENTOS DE CALLEJA



—¡Gracias a Dios!—dijo éste haciendo una mueca siniestra—. Creí que no venías



a correr si no se hubiese abierto la puerta de la casa, apareciendo el horrible trago.

—¡Gracias a Dios!—dijo éste haciendo una mueca siniestra—. ¡Creí que no venías!

—¡Cómo! ¿Es que me esperaba usted?—replicó Natalia, aterrorizada y casi sin voz.

—¡Claro! Esta iluminación es en honor tuyo. Yo, generalmente, no gasto tanta luz... porque veo bien a oscuras.

—Debe usted de estar equivocado—dijo Natalia—. Yo he venido por casualidad. Voy a casa de un tendero amigo de mi hermana, a comprar velas y cerillas.

—Lo sé, lo sé; yo soy ese amigo y esta casa es mi tienda. No te has equivocado.

—Entonces haga usted el favor de darme las cerillas y las velas, porque las aguarda mi hermana, que se ha quedado a oscuras.

—¡Déjala que aguarde!—dijo el trago—. Yo no vendo tan fácilmente lo que tengo. Has de entrar en mi tienda y hacer la limpieza antes de irte; y si no haces lo que te digo, no verás más luz que la mía en todo lo que te queda de vida.

—Lo siento mucho, pero tengo que volver corriendo a casa. ¿No podrá usted dejarme aunque no sea más que una vela y una cerilla para esta noche? Mi hermana las está esperando.

Al oír esto soltó el diablillo una carcajada que estremeció los nervios de Natalia.

# CUENTOS DE CALLEJA





—¡Ven aquí, ven aquí!—dijo—. ¡Anda a limpiarme la tienda y a prepararme la cena!

Natalia no tuvo más remedio que entrar con el trasco en su casa, que era baja y larga. En torno suyo vió innumerables artículos de comer, y vestidos, muebles, utensilios de cocina, y mil cosas más, todo en revuelta confusión.

—Ya ves que todo está muy sucio—dijo el trasco—. Ponte a trabajar y mañana por la mañana que esté todo en orden. Pero antes quiero la cena. Ve a buscar lo que creas que me ha de gustar y guísalo bien. ¡Y que esté dentro de diez minutos!

Dicho esto, el diablillo abrió una puertecita que daba a la cocina, hizo entrar de un empujón a Natalia y la dejó sola encerrada. La pobre niña miró alrededor, mas no vió utensilios de cocina ni cosas de comer. Buscó por todas partes, pero fué inútil. Por último, se sentó en el suelo y se puso a llorar.

Entonces oyó un batir de alas, y al alzar la cabeza vió una palomita blanca que venía volando hacia ella y que se posó en sus hombros.

—¡No llores, Natalia!—dijo la paloma—. No tienes nada que temer. Siempre has sido una niña buena, generosa, resignada y alegre, y, por lo tanto, no te ocurrirá nada malo. Estaré siempre cerca de ti para protegerte, porque jamás deo desamparados a los que merecen el bien. Todo lo que te diga el trasco, que es mi mayor enemigo, ponte a hacerlo por difícil que sea, que yo estaré siempre cerca para velarte. No desesperes nunca, sé perseverante y ten paciencia.



# CUENTOS DE CALLEJA

Se levantó la paloma del hombro de Natalia y empezó a revolotear por la cocina mientras la niña la contemplaba con ansiedad. Habían desaparecido todos sus temores y se sentía tranquila. Y cuál no sería su sorpresa cuando de



repente vió aparecer ante ella una mesa con una comida servida, misteriosamente, compuesta de todo lo que pudiera desear la persona más exigente para comer y beber.

—¡Ay, palomita querida! ¿Cómo te podré agradecer



# CUENTOS DE CALLEJA



# CUENTOS DE CALLEJA



esto?—exclamó Natalia; pero la paloma había desaparecido, y un momento después se abrió la puerta y entraba el trago.

—¡A ver!—exclamó—. Creo que ya habrás preparado la cena, ¿eh?

Cuando iba a contestarle Natalia, el diablillo se fijó en la mesa y se puso furioso.

—¿Qué significa esto?—gritó—. ¿De dónde has sacado todas estas cosas? ¡Contesta en seguida!

—Siento mucho que se enfade usted—respondió Natalia con calma—; pero como me mandó que preparara la cena, la he preparado, como usted ve.

—¡Cuidado con las insolencias, niña! ¿Cómo te atreves a hablarme así? ¡Ahora a ponerme en orden el almacén! ¡Y si mañana por la mañana no está arreglado todo, te haré picadillo!

—¡Cuidado que hay gente desagradable!—pensó Natalia al verse arrojada de la cocina.

El trago había dicho la verdad al afirmar que no sería fácil poner en orden el almacén. En cuanto Natalia colocaba una cosa en su sitio, se caía y salía rodando a algún oscuro rincón de la tienda, obligándola a perder media hora en buscarla, para que, al volver a ponerla en otra parte, sucediera lo mismo. Así se pasó media noche, hasta que, harta y cansada, Natalia decidió dormir un poco para seguir más tarde la tarea. Se acostó encima del mostrador, y quedóse instantáneamente dormida, no despertándose hasta que oyó andar en la puerta, ya bien de día. ¡Y el diablillo



# CUENTOS DE CALLEJA



# CUENTOS DE CALLEJA



iba ya a entrar a ver si estaba todo limpio! Se incorporó rápidamente Natalia y miró en torno suyo; pero, con tanta sorpresa como alegría, vió que estaba todo en perfecto orden y lo más limpio posible.

—¡Esto es cosa de la palomita!—pensó Natalia—. ¡Qué buena es y cómo me ayuda!

El trasco estaba ya junto a Natalia, echando chispas de rabia.

—¿Qué es esto?—gritó—. ¡Dime al instante quién te ha ayudado, porque no puedes haberlo hecho sola!

—No sé quién será—respondió Natalia—; pero anoche se posó en mi hombro una palomita y me prometió protegerme y ayudarme. No puedo decirle más porque no lo sé.

—¡Eso es una mentira!—rugió el trasco—. ¡Ni las palomas ni ningún ave vienen aquí a ayudar a nadie! ¡En mi vida he oído un disparate semejante! ¡Dime al instante quién te ha ayudado!

—Lo que le he dicho es la pura verdad, y si no me cree, ¿qué culpa tengo yo?

El trasco echó una mirada terrible a la muchacha, pensando qué haría con ella.

—¡No me las has pagado todavía!—díjole al fin—. Ayer decías que tu hermana necesitaba velas y cerillas. Bueno, pues no las tengo; pero esta noche puedes coger la calavera mágica que está en lo alto de la puerta. Esa calavera te alumbrará toda la vida e iluminará todo el pueblo, siempre que puedas llegar hasta tu casa sin que te pase nada,





Natalia se apresuró a obedecer. Apenas sentía calor al andar con la calavera en la mano.



# CUENTOS DE CALLEJA



porque no es fácil de llevar la calavera. Anda, cógela y que venga a ayudarte a llevarla ese pájaro bobo.

Y el trago dió unas palmaditas y se reía muy regocijado por lo que consideraba un chiste excelente.

Natalia temblaba sólo de pensar que tenía que coger en sus manos una cosa tan horrible como la calavera mágica; pero no había otro remedio y, además, tenía confianza en la palomita blanca. Así, pues, al anochecer se subió el trago en una escalera de mano y bajó la calavera para entregársela a Natalia.

—Toma—dijo—, y entrégasela a tu hermana, al mismo tiempo que le das recuerdos de mi parte, aunque dudo que puedas llegar viva al pueblo, porque antes de diez minutos estarás convertida en un montón de cenizas. ¡Que te vaya bien!

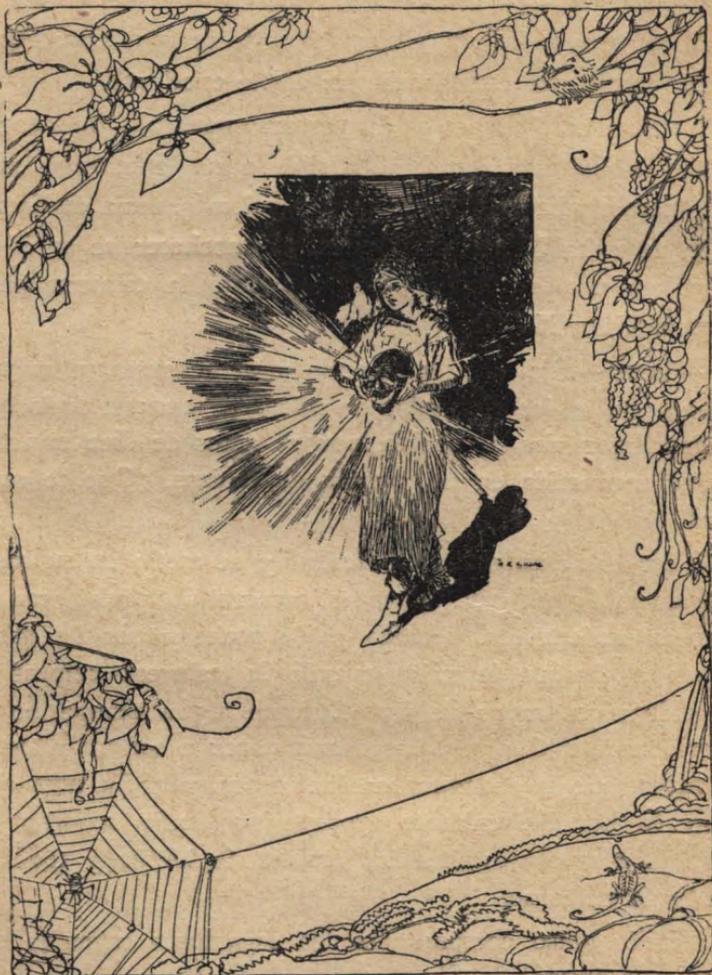
Rióse estrepitosamente el trago y se metió en su casa, dejando a Natalia que tomase el camino del pueblo con la calavera en la mano. Cerraba ya la noche y aún no había llegado al bosque la niña, cuando la calavera empezó a despedir vivos rayos de luz. Durante algún tiempo no le ocurrió nada malo; pero luego empezaron a ser tan fuertes los rayos, que le chamuscaban las manos, y al fin tuvo que soltar la horrible calavera, porque no podía soportar el calor. Los rayos tostaban los árboles, la hierba y todo lo que había en torno.

Natalia quiso correr; pero los espantosos rayos la seguían y la quemaban. Si se estaba quieta, apenas la tocaban.

—¿Qué haré?—exclamó Natalia—. No puedo estarme



# CUENTOS DE CALLEJA



# CUENTOS DE CALLEJA



aquí siempre, y tampoco puedo llevar esta horrible calavera.

—No temas—dijo una voz, y Natalia volvió a ver a su amiga la paloma—. Coge la calavera y llévala a casa. Yo me posaré en tu hombro para que no te quemen los rayos.

Natalia se apresuró a obedecer. Apenas sentía calor al andar con la calavera en la mano.

—¿Por qué no dejar en el bosque esta cosa tan horrible?—preguntó Natalia a la paloma—. ¿De qué me va a servir?

—Te será muy útil, hija mía. Consévala, porque ya no puede hacerte daño. Su poder para el mal depende mucho de la influencia a que está sujeta. Te librarás de enemigos y te ayudará de muchas maneras. ¿No sabes que desde que saliste de tu casa ha estado el pueblo a oscuras y que los habitantes están a punto de perecer de hambre, porque ha desaparecido el último pedazo de pan, por habérselo llevado todo a su tienda el maldito duende?

—¿Y mi padre y mi hermana están hambrientos también?

—Sí, y están muy desconsolados; tu hermana sobre todo, que no ha dejado de lamentarse de haberte enviado al bosque.

Natalia apresuró el paso y no se detuvo hasta que estuvo dentro de su casa. Allí, su hermana la besó fuertemente y lloró con amargura, pidiéndole que le perdonara su crueldad. Su padre estaba loco de alegría.



# CUENTOS DE CALLEJA



# CUENTOS DE CALLEJA



DESDE entonces han ido muchos niños y muchas niñas a los montes en busca del país de los cisnes en mejor, porque la calavera mágica, en vez de fuego, arrojaba oro siempre que lo necesitaba Natalia. Fuéronse a vivir a una gran casa y Natalia se dedicó a socorrer a los pobres.

Durante algún tiempo siguió todo así, hasta que Marta empezó otra vez a tener envidia y apatía a su hermana. Le molestaba que no le hiciera caso la calavera mágica. Si le pedía oro, le echaba fuego, que la quemaba, y tenía que pedir dinero a su hermana, cosa que le era humillante.

—¿Por qué—pensó—no he de pedir al trago otra calavera para mí?

Y con este propósito se fué un día a visitar a su amigo del bosque.

Nadie sabe si le encontró ni si obtuvo lo que quería, porque no se volvió a saber de ella. Natalia y su padre mandaron registrar todo el bosque y removieron hasta las piedras buscando a Marta; pero fué todo inútil.

Una mañana, estando Natalia sentada junto a la ventana llorando por su hermana Marta y pensando en su desaparición, tuvo la alegría de ver llegar volando a su amiga la paloma, la cual se posó en su mano.



# CUENTOS DE CALLEJA



... se convirtió en un príncipe tan encantador, que Natalia se enamoró locamente de él...

# CUENTOS DE CALLEJA



—Palomita—dijo Natalia—, ¿puedes decirme dónde está mi hermana?

—Ha encontrado el fin que te destinaba a ti. Yo traté de auxiliarla; pero se rió de mí y no quiso obedecerme ni confiar en mí. El trago se ha vengado. No podrá llegar a casa con la calavera.

Natalia se puso muy triste y pasó muchos días inconsolable.

NATALIA —le dijo un día la paloma—, ¿te quieres casar conmigo?

Natalia se quedó atónita y no sabía qué contestar.

—¿Pero quién eres? Yo creía que eras una paloma.

—No; tomé esa forma sólo por ayudarte. Soy hijo de la reina de las hadas.

Diciendo esto se convirtió en un príncipe tan encantador, que Natalia se enamoró locamente de él y le prometió casarse al día siguiente, como así lo hizo, viviendo después muy feliz toda la vida.

Y Natalia fué tan querida de las hadas como lo era de los hombres.





## EL PRODIGIO DE LAS FRESAS

**E**STA era una niña llamada Margarita, tan buena y tan alegre, que todo el mundo la quería. Tenía Margarita una amiga llamada María, que era también muy buena, y ambas se llevaban muy bien.

Un crudo invierno, en que la nieve cubrió los montes y los valles días y días, María cayó mala. Se pusieron sus padres muy preocupados. La niña no podía comer, y unas veces le abrasaba el cuerpo, mientras que otras tiritaba de frío; y aunque la visitaban varios médicos y tomaba muchas medicinas, no se ponía mejor. Cuando iban a visitarla sus amiguitas solía decir:

—Dadme fresas. En cuanto alguna de vosotras me traiga fresas, me pondré buena.



# CUENTOS DE CALLEJA



...cuando de pronto vió un hombrecillo que venia entre los árboles, vestido con un traje del más suave plumón...

Y su padre y su madre le decían:

—Hija mía, ¿no ves que estamos en invierno y que no hay fresas?

Pero la niña se incorporaba en el lecho y replicaba:

Allá a lo lejos, en los montes, hay una cuesta verde en la que veo muchas fresas. ¿Quién quiere ir a traérmelas...? ¡Aunque no sea más que una! ¡Con una solita me contento!

Las niñas se iban y se decían unas a otras:

—¡Qué tonterías dice hoy María!

Margarita estaba muy triste por no poder complacer a su amiga enfermita, y por fin dijo:

—¿Quién quiere venir conmigo a buscar fresas en las montañas? La pobre María se consolará si nos ve por los montes buscándolas.

Pero ninguna quería ir, y todas menos Margarita se marcharon a su casa.

Así, pues, Margarita tuvo que ir sola en busca de las fresas. Cogió por un estrecho sendero que subía al monte y luego descendía por el otro lado, internándose en un bosque de hayas y de robles. Y llegó a un punto en donde se juntaban tres sendas. Quedóse parada un momento sin saber cuál tomar, cuando de pronto vió un hombrecillo que venía entre los árboles, vestido con un traje del más suave plumón de cisne y cubierta la cabeza con un sombrero verde que adornaba una pluma blanca como la nieve. Llevaba al hombro un arco de marfil y de uno de sus costados pendía un pequeño cuerno de caza, de plata.

# CUENTOS DE CALLEJA



# CUENTOS DE CALLEJA



—¿Qué buscas por aquí, di?—le preguntó a la niña con cariño.

—Tengo una amiguita enferma que quiere fresas, porque dice que comiéndolas se curará—respondió Margarita—. Sé muy bien que estamos en invierno, pero creo que a pesar de eso podré encontrarlas, y estoy dispuesta a no volver a casa con las manos vacías.

—Ven conmigo—dijo el pequeño cazador—. Yo te enseñaré el lugar donde puedes encontrar lo que vienes buscando.

Echó a andar delante de ella y la llevó por un laberinto de intrincadas sendas a través de la espesura, hasta que al fin llegaron a un sitio donde el bosque era más claro y donde se respiraba un ambiente templado como el de la primavera. Llego llegaron ante una puerta de hierro. El hombrecillo la abrió diciendo:

—Ahora, si sigues andando por ahí encontrarás lo que buscas.

Margarita iba a dar las gracias al bondadoso hombrecillo, pero éste se había desvanecido instantáneamente. Anduvo la niña unos pasos y llegó a una cuesta verde, de la que había desaparecido el invierno. Un cálido sol lucía en el cielo sin nubes; los pájaros cantaban alegremente y el suelo estaba cubierto de fresas hermosísimas. ¡Qué regocijo el de la bondadosa Margarita! Recogió a prisa un buen puñado de la rosada fruta y se dispuso a volver al lado de la enfermita. Pero con la precipitación no podía encontrar el camino. Llegó hasta la cerca que rodeaba el bosque, mas fueron inútiles cuantas tentativas hizo para encontrar la



# CUENTOS DE CALLEJA



puerta de hierro. Luego oyó a lo lejos el sonido de un silbato.

—¡Gracias a Dios que oigo algo!—exclamó—. Por ahí debe andar alguien que me enseñará el camino—. Y diciendo esto para sí, se internaba en la espesura, cuando vió algo que la dejó atónita. En el extremo de una hermosa y verde pradera había un lago, donde nadaban un sin fin de cisnes majestuosos, blancos y negros. En el centro del lago había una pequeña isla, sobre la cual se alzaba un precioso castillo rodeado de jardines en flor.

Al acercarse Margarita a la orilla del lago, vió a un hombrecillo, de aspecto mucho menos amistoso que el cazador del bosque, que estaba sentado en el suelo. Tenía una cabeza muy grande, el pelo revuelto y unas barbas blancas tan largas que le llegaban a las rodillas. En una mano llevaba un silbato y en la otra una varita.

La niña no se atrevía a hablarle y se quedó inmóvil a corta distancia. No tardó en comprender que aquel hombre era el guardián de los cisnes. Cuando alguno se salía del agua, tocaba el silbato, y si el cisne no le obedecía usaba su varilla, la cual tenía la propiedad de alargarse o achicarse a voluntad de su dueño. La niña, al fin, cobró ánimos y dijo al de las barbas blancas:

—Buen amigo, ¿queréis decirme por dónde se va a la puerta del bosque?

Él la miró con sorpresa, pero no habló; limitóse a hacerla comprender por señas que se sentara. Luego tocó el silbato y vino ante él un gran cisne de los del lago. El viejecillo se sentó en el lomo del cisne, se asió con ambos

# CUENTOS DE CALLEJA

brazos al cuello del mismo y éste se echó a nado en el estanque hasta llegar al castillo, en el cual penetró el viejo después de apearse de su extraña montura. Margarita aguardó un rato con curiosidad por ver en qué paraba aquello, pero sin sentir miedo alguno. Al fin vió salir de un escondite del lago cuatro cisnes negros enganchados a una preciosa lanchita verde y plata, con un dosel de dos alas que prestaban sombra a dos pequeños asientos, el primero de los cuales terminaba formando un largo cuello de cisne. En él venía sentado el barbudo, pero con el gesto mucho más agradable que antes. Hizo señas a Margarita de que entrase en la lancha, a lo cual obedeció la niña, y empezaron a surcar mansamente las aguas del lago. Cuando llegaron a la isla dejaron la lancha, y el viejecillo hizo entrar en el palacio a Margarita. Pasaron varios aposentos y entraron luego en un salón de mármol azul claro, en donde, sentado en su trono, estaba el rey de los cisnes, con una reluciente corona de oro en la cabeza y rodeado de muchos cortesanos ricamente vestidos.

—¿Qué buscas por mi reino?—preguntó el rey a Margarita.

—Ya he encontrado lo que quería—respondió la niña—. Sólo os ruego que mandéis a alguien que me enseñe el camino de mi casa, porque me he perdido.

—Muy bien, serás complacida—dijo el monarca—; pero es costumbre que todos los que penetran en este reino hagan un regalo al rey de los cisnes. ¿Qué me traes tú?

—Yo—exclamó Margarita—no tengo nada que ofrece-

# CUENTOS DE CALLEJA



# CUENTOS DE CALLEJA



ros. Si lo hubiera sabido antes, hubiese traído a'go de mi casa.

—Veo que llevas fresas—repuso el rey—y las fresas es lo que más me gusta en el mundo. Dame tus fresas y te enseñará un criado mío el camino de tu casa.

—No puedo dáros las todas—contestó Margarita—, porque son para una amiguíta mía que está muy mala y se morirá si no come fresas. Pero os daré unas cuantas.

Y diciendo esto, reunió varias fresas por el tallo, formó un ramillete con la cinta de su pelo y se lo entregó al rey.

—Gracias, hija mía—dijo el rey—; ya puedes irte. Este hombre te cuidará y te guiará; pero has de hacer todo cuanto él te diga.

El viejo pastor de cisnes la estaba esperando, y cuando Margarita se hubo despedido del rey fué llevada a un jardín situado en el centro de una vasta pradera, donde le pusieron un fino pañuelo blanco sobre los ojos. El anciano tocó el silbato y la cogió del brazo. La niña oyó ruido de alas, sintió soplar en su rostro el aire, más frío cada vez, pero no veía nada. Al fin cesó el batir de alas, y el anciano la puso en el suelo diciendo:

—Ahora, hija mía, cuenta hasta veinte y luego quítate el pañuelo, que conservarás cuidadosamente, porque podrá serte necesario.

La niña contó hasta veinte, y cuando se hubo quitado el pañuelo se encontró en el monte que había enfrente de la casa de su amiguíta María, que estaba toda rodeada de nie-





—Ahora, hija mía, cuenta hasta veinte y luego quitate el pañuelo...



ve. Miró al cielo y vió un ave muy grande que se alejaba, y en ella el viejecillo del gorro verde.

Margarita se apresuró a llegar a casa de su amiga, que seguía en la cama repitiendo estas palabras:

—¿Nadie quiere traerme fresas para que me ponga buena?

—Aquí están—dijo Margarita entrando; y entregó a María el ramillete.

Todos se quedaron asombrados y preguntaban a Margarita dónde las había encontrado. Pero apenas comenzó a relatar sus maravillosas aventuras, María, que se había comido las fresas en seguida, empezó a recobrar el color y las fuerzas, y exclamó:

—¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias, querida Margarita! ¡Ya estoy buena! ¡Ya estoy buena!

Y se levantó la niña, que estaba curada.



**Q**UIÉN podría contar cómo agradecieron los padres de María la acción de Margarita?

Los años pasaron. Un día que Margarita se paseaba con su madre por las praderas, alzó la cabeza y vió en el cielo un punto negro, que se iba haciendo mayor a medida que descendía, hasta que ya vió que era un prodigioso cisne negro, mayor que nuestros cisnes, que volaba hacia ella y traía



# CUENTOS DE CALLEJA



# CUENTOS DE CALLEJA



en su lomo una tienda de campaña con cortinas de gasa azul y oro.

Cuando el cisne se hubo posado suavemente en tierra, salió de la tienda un hombrecito de ojos cariñosos...

Era el rey de los cisnes.

—He oído—dijo a la niña—que dentro de poco vas a celebrar la fiesta de tus quince años, y como tú me hiciste un regalo cuando eras niña y has llegado a mujer tan valerosa y tan pura como eras entonces, voy a hacerte a mi vez un regalo.

Y diciendo estas palabras, le puso en la cabeza una valiosa corona de oro forjado en forma de hojas de fresa, entre cuyas hojas brillaban finos rubíes, claros diamantes y amatistas de gran transparencia. El broche era una bella cinta de oro fino.

Margarita y su madre estaban tan asombradas, que no acertaban a dar las gracias al rey, ni tuvieron casi tiempo de decirle nada, porque el cisne se remontó rápidamente, desapareciendo como un puntito entre las nubes.

**D**ESDE entonces han ido muchos niños y muchas niñas a los montes en busca del país de los cisnes para coger fresas de invierno, pero no las han encontrado. Porque son más egoístas y no son tan buenos como Margarita.





## EL APRENDIZ DE MAGO

**E**STE era un zapatero de viejo, muy pobre, que gozaba una bien adquirida fama de borracho; el cual zapatero vivía en una casucha con su mujer, sus tres hijas y su hijo único.

Un día, cuando el muchacho tuvo edad conveniente, le llamó su madre, le puso su mejor ropita, le peinó con aceite crudo hasta dejarle el pelo reluciente, y echó a andar con él camino de la ciudad, con ánimo de buscarle un maestro que le enseñara un buen oficio.

Llevarían andado la mitad del camino, cuando toparon con un hombre vestido de negro, que les preguntó adónde iban y cuál era el objeto de su viaje.

Madre e hijo contestaron humildemente a la pregunta, y



# CUENTOS DE CALLEJA



el hombre enlutado se ofreció a tomar al muchacho en calidad de aprendiz. Pero como no quería declarar su profesión y como sus ojos brillaban perversamente, la madre se negó a confiarle su hijo.

El desconocido insistió; más le dejaron con la palabra en la boca, y continuaron su viaje.

A poco de haberse separado del hombre misterioso, llegaron a una llanura solitaria y yerma, que empezaron a atravesar; pero el hambre, la sed y la fatiga les obligaron pronto a detenerse. Echáronse en el suelo, y madre e hijo rompieron a llorar al verse tan solos y desamparados, cuando, a poca distancia del lugar donde se hallaban, apareció sobre una piedra un gran plato de carne humeante, junto a un pan blanco y un jarro de vino.

Se levantaron los dos y corrieron hacia aquella mesa que les deparaba la suerte, sin detenerse a considerar cómo había aparecido. Pero, cuando iban a llegar a ella, se desvanecieron carne, pan y vino, quedando solamente la piedra monda.

Entristecidos y despaciosos volvían, mirando atrás, cuando tornó a aparecerseles la comida. Fueron a ella nuevamente, y otra vez desapareció.

Aquel triste suplicio se repitió varias veces, hasta que,



# CUENTOS DE CALLEJA



... Pero, cuando iban a llegar a ella, se desvanecieron carne, pan y vino...



sospechando su significado, el hijo del zapatero empuñó un garrote que antes había encontrado en un arroyo seco, y que era de álamo, madera que posee excelentes virtudes contra los encantamientos, y acercándose cautelosamente a la piedra, clavó el palo en la arena, donde la piedra echaba su



sombra. Entonces desapareció la piedra con la carne, el pan y el vino, y en el sitio de la sombra surgió el desconocido de la negra ropa que habían encontrado en el camino aquella mañana, el cual saludó cortésmente al muchacho y le rogó que desclavara el palo de donde lo había enclavado.

—¡No lo desclavo!—replicó el muchacho—. Tú eres un



mago, y nos has traído a mi madre y a mí a este desierto para mofarte de nuestras angustias. Te voy a tratar como te mereces. Voy a tenerte aquí un año clavado en el suelo, como mi palo, hasta que te quedes tan seco como él.

—¡Déjame; te lo ruego!

—Bueno, te soltaré; pero con una condición. Has de convertirte otra vez en piedra, y en ella ha de aparecer todo lo que he visto antes.

Desclavó el muchacho su palo de álamo, desapareció el mago y en su puesto apareció la piedra, cubierta con un blanco mantel, sobre el que humeaba un plato de carne asada entre un pan blanco y un jarro de vino. Madre e hijo comieron hasta hartarse, y cuando hubieron acabado volvió la piedra a convertirse en el hombre negro, el cual, con mirada suplicante, pedía al muchacho que le desclavase de allí.

—Sí que lo haré—respondió el viajero—; pero con una condición: que tienes que llevarme de aprendiz por espacio de tres años, como me dijiste esta mañana, jurarme que me enseñarás tu arte, y darme señal de ello.

El mago bajó la cabeza hasta dar con ella en el suelo, hundió los dedos en la arena y sacó de ella un puñado de monedas de oro, que echó en el sombrero del muchacho, el cual le dijo:

—¡Muchas gracias! Este dinero vendrá muy bien a mi madre, pero yo necesito más. Quiero un pedazo de una oreja tuya.

—¿No querías mejor alguna otra cosa?

—¡No! Quiero un pedazo de una oreja tuya.

—Bueno—repuso el mago—; saca tu navaja.

# CUENTOS DE CALLEJA



—No tengo navaja—dijo el muchacho—; dame tú la tuya.

El mago abrió entonces una gran navaja y la ofreció con su oreja derecha al muchacho para que le cortase el pedazo exigido.

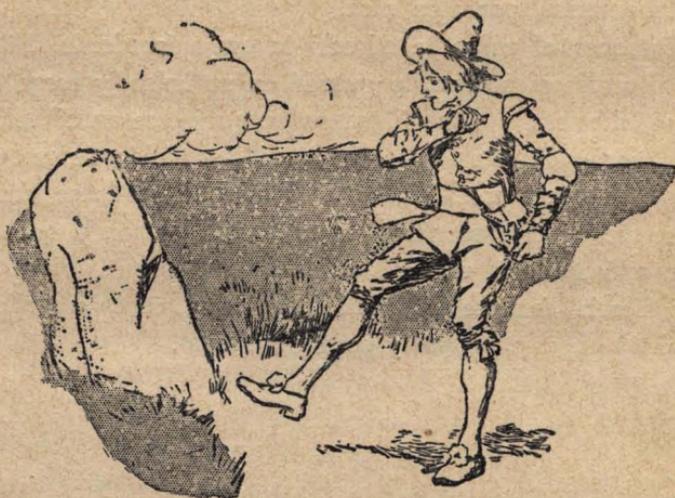
—No; quiero la oreja izquierda; porque cuando tú me das la derecha, por algo será.

Entonces el mago le ofreció la oreja izquierda. El joven le cortó un pedazo, lo guardó en su bolso, y luego desclavó del suelo el palo. El mago se quejó, se rascó la mutilada oreja, dió un brinco, y quedó convertido en un gallo negro. Entonces mandó al muchacho que se fuese con su madre de aquella encrucijada en donde estaban y que volviese solo a media noche á buscarle, que él se lo llevaría y lo colocaría durante tres años. Dicho lo cual, el gallo se convirtió en una urraca y se fué volando.

CUANDO el muchacho hubo llegado con su madre al pueblo más cercano, le besó las manos y los pies, púsole en el delantal las monedas de oro que le había dado el mago, y le encargó que fuese a buscarle, pasados tres años, al mismo lugar donde se había hecho el trato. Luego volvió sobre sus pasos y se dirigió a toda prisa al punto de la cita, adonde llegó a media noche.



Cansado como estaba de las fatigas de aquel día, se dejó caer en una piedra del camino para esperar la llegada de su maestro, y como tardaba éste demasiado, el muchacho, harto de esperar, sacó de su bolso el trozo de oreja y



le dió un fuerte mordisco. Se estremeció la piedra y lanzó un quejido. El muchacho dió un salto, exclamando:

—¡Hola! ¿Eres tú, maestro?

—Yo soy, sí. Pero ¿por qué me has mordido?—preguntó el mago.

—Para que vinieras. Y ahora toma la forma de hombre—ordenó el muchacho.

# CUENTOS DE CALLEJA



Y apareció el hombre vestido de negro, que dijo:

—Vamos. Te tendré de aprendiz hasta que venga a buscarte tu madre dentro de tres años.

QUEDÓ, pues, el muchacho de aprendiz del mago, y se daba tal maña para aprender, que al cabo de los tres años sobrepujaba a su maestro en lo tocante al arte de la magia. Durante el tiempo de su aprendizaje habían ido muchos padres a recoger a sus hijos, porque el mago tenía multitud de aprendices, pero siempre se las arreglaba de manera que tenían sus padres que irse sin ellos.

Tres días antes del señalado para que la mujer del zapatero borracho recogiese a nuestro aprendiz, le salió éste al encuentro y le dijo cómo podría reconocerle.

—No olvides, madre—le dijo—, que cuando el mago llame a sus caballos, zumbará una mosca alrededor de mis orejas; que cuando se posen las palomas en el suelo, yo no comeré los guisantes, y que cuando se agrupen a tu alrededor los muchachos, yo tendré un lunar en una ceja. Recuérdalo bien, porque si lo olvidas será nuestra perdición.

Cuando la mujer del zapatero se presentó al mago a pedirle su hijo, el mago tocó cuatro veces una ronca trompeta de bronce hacia los cuatro vientos, e inmediatamente llegaron galopando multitud de caballos, negros como el



# CUENTOS DE CALLEJA

carbón, que, por lo que oyó la mujer al punto, no eran caballos, sino aprendices encantados.

—¡Acierta cuál es tu hijo, y llévatelo—dijo el mago. La madre miró los caballos, haciendo lo posible por



reconocer a su hijo. Temblaba de pensar que pudiera equivocarse. Al fin vió una mosca zumbando en la oreja de uno de los caballos y dijo alegremente:

—¡Éste!

# CUENTOS DE CALLEJA



—Acertaste—dijo el mago—; ahora tienes que acertar otra vez.

Y diciéndolo, tocó una clara trompeta de plata hacia los cuatro vientos, y esparció por el suelo media medida de guisantes. Descendió en seguida del cielo una gran nube de palomas, que empezaron a comerse los guisantes. La mujer del zapatero fué mirando cuidadosamente paloma por paloma, y vió una que hacía como que comía, sin comer.

—¡ Éste!—exclamó.

—Has acertado otra vez. Ahora tienes que acertar la última. Si aciertas, te llevarás tu hijo; si te equivocas, se quedará conmigo para siempre.

El mago tocó entonces una vibrante trompeta de oro, y resonaron por el aire mágicos cantos. Y se acercaron, en blanco grupo, muchas jóvenes encantadoras, que rodearon a la mujer del zapatero. Llevaban todas coronas de flores y blancos vestidos con cinturones amarillos.

La mujer del zapatero las miró detenidamente, y vió sobre la ceja derecha de la más bonita un lunar de color castaño.

—¡ Éste!—exclamó.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, la joven se convirtió en el hijo del zapatero borracho y se arrojó en brazos de su madre, dándole las gracias por haberle liberado. Las demás jóvenes huyeron, y madre e hijo regresaron a su casa.



A los pocos días de llegar, advirtió el muchacho que en su casa reinaba la mayor miseria. Hacía tiempo que no quedaba una sola de las monedas del mago, que el remendón había gastado en emborracharse.

—¿Qué has aprendido tú por esos mundos?—preguntó el zapatero a su hijo—. ¿Qué ayuda puedo esperar de ti?

—He aprendido magia, y podré ayudarte mucho. Puedo tomar, a tu capricho, todas las formas posibles: trocarme en halcón, en galgo, en ruiseñor, en cordero o en cualquier otro animal. Bajo cualquiera de estas formas podrás llevarme al mercado y venderme; pero no se te olvide nunca traerte a casa la cuerda con que me lleyes, ni desees jamás convertirme en caballo.

Entonces el zapatero le mandó convertirse en halcón. El hijo desapareció, y un magnífico halcón vino a ponerse en el hombro del padre. El zapatero llevó el halcón al mercado y lo vendió por buen precio a un cazador; y al regresar a su casa encontró a su hijo sentado a la mesa, comiendo tranquilamente.

Cuando hubo gastado el último céntimo del precio del halcón, el zapatero quiso un galgo. Su hijo obedeció y el zapatero vendió el galgo a otro cazador; y, lo mismo que

# CUENTOS DE CALLEJA



la otra vez, al volver a su casa se encontró con que el hijo había llegado antes que él.

De esta suerte el zapatero siguió llevando a su hijo al mercado, convertido sucesivamente en buey, en vaca, en carnero, en ganso, en pavo y en otros animales, hasta que un día, estando borracho, pensó:

—¿Por qué no querrá mi hijo convertirse en caballo? ¡Seguramente me tiene por tonto, y no quiere que gane sino lo que él quiera; pero ya le diré yo!

Y sin andarse en miramientos, quiso que su hijo se convirtiera en caballo. Apenas lo hubo dicho, se vió complacido. A la puerta de su casa relinchaba un magnífico potro, que clavaba los cascos en la arena, relampagueantes sus ojos y humeantes sus narices.

Montó en él el zapatero y se fué a pasear por la ciudad; le llamó un mercader, admirado del caballo, y le ofreció darle por él el peso del animal en oro.

Pusieron el caballo en uno de los platos de un peso de gran tamaño, y el mercader empezó a vaciar sacos de oro en el otro. Mientras el zapatero contemplaba asombrado el montón de oro, se rompió una cadena del peso y rodaron las monedas por el suelo. Olvidó el zapatero el caballo y la brida y se puso a recoger las monedas.

El mercader aprovechó el descuido del vendedor para montar en el caballo y huir. Iba a galope, hundiendo sus espuelas en los ijares del pobre animal hasta hacerle correr la sangre, y pegándole con el látigo cruelmente, porque el mercader no era otro que el mago, y se vengaba de este



# CUENTOS DE CALLEJA



modo del hijo del zapatero por haberle cortado el pedazo de oreja.

**E**L caballo estaba extenuado cuando el mago llegó con él a su casa, que estaba en una llanura abierta, pero sin que nadie pudiese verla. Y mientras el mago pensaba en la manera de torturar al caballo, éste, que sabía la espantosa suerte que le esperaba, consiguió enganchar la brida de un clavo, y, tirando, pudo quitarse la cabezada. Sin perder momento huyó por los campos, y encontrándose con una bella princesa que volvía del baño, se trocó en anillo de oro y se echó a sus pies. La princesa se inclinó, recogió el anillo de oro, y después de ponérselo en un dedo miró en torno suyo con extrañeza. Allí estaba el mago, convertido en mercader griego, y rogando cortésmente a la princesa que le devolviese el anillo de oro que había perdido; pero la princesa, aterrada de la negra barba y los ojos centelleantes de aquel hombre, empezó a dar gritos, oprimiendo contra su dedo la sortija.

Alarmadas, al oírla, sus compañeras de juego y sus doncellas, que andaban por allí, llegaron corriendo y formaron un corro alrededor de la princesa; y cuando se enteraron de la causa de su susto, cayeron sobre el importuno extranjero y empezaron a hacerle cosquillas, de tal modo que el mago reía, gritaba, tosía y bailaba como un loco, olvi-

dando en su apuro que era mago. Pero, al fin, lo recordó, y se convirtió en puercoespín; y como sus púas pinchaban los delicados dedos de las jóvenes, tuvieron que dejarlo solo.

Mientras, la princesa había ido corriendo a su palacio



a enseñar a su padre el anillo, el cual le gustaba tanto, que durante mucho tiempo no se lo quitó del dedo del corazón, hasta que, jugueteando un día con él, se le escapó de la mano y al caer al suelo se partió. Pero, ¡oh maravilla!, ante la princesa apareció un joven muy bello, que no era otro

# CUENTOS DE CALLEJA



que el hijo del zapatero. Al pronto se quedó la princesa turbada, sin atreverse a alzar los ojos; pero cuando el joven le hubo explicado la causa de todo, se tranquilizó, y después de haber hablado un rato con él le prometió que rogaría a su padre que mandase echar los perros al mago si venía a pedir la sortija en que iba otra vez a convertirse. Llegó el mago a poco, y el rey, a pesar de los ruegos de su hija, le mandó que le devolviese la sortija. La princesa arrojóla a los pies del mercader y al tocar el suelo se trocó en perlas.

Trémulo de ira, el mago se convirtió en gallo y se comió las perlas. Saltó luego por la ventana, cantando:

*¡Ki-ki-ri-ki!*

*¡Zapaterito!*

*Di, ¿estás aquí?*

Mas el muchacho había advertido a la princesa lo que tenía que hacer si se veía obligada a devolver el anillo, y ella, al tirar la sortija, había dejado caer el pañuelo, con el que ocultó dos perlas de las más grandes.

La princesa recogió estas perlas, y éstas, imitando al gallo, cantaron:

*¡Ki-ki-ri-ki!*

*¡Mago embustero!*

*Sí, estoy aquí.*

Las perlas se trocaron en un halcón, el cual salió volando tras el gallo y, agarrándolo, le picó en el ala izquierda con



# CUENTOS DE CALLEJA



Volvió el halcón a la princesa, y, posándose en su hombro ...

# CUENTOS DE CALLEJA



tal fuerza, que cayeron de ella todas las plumas y el gallo cayó como una piedra al agua, ahogándose.

Volvió el halcón a la princesa, y, posándose en su hombro, la contempló arrobado, recobrando su primitiva forma de muchacho.

La princesa se había enamorado de él y se casaron, y él no volvió a ocuparse de la magia, que no existe de verdad más que en los cuentos.

No olvidó a los suyos en la prosperidad. Se trajo a su madre con él a un espléndido castillo; casó a sus hermanas con ricos mercaderes, y colmó a su padre de satisfacciones.

Muerto el viejo rey, ocupó el trono el hijo del zapatero, y vivió tan felizmente con su esposa, con sus hijos y con todos sus súbditos, que no hay pluma que pueda describir, ni lira que pueda cantar la mitad siquiera de su felicidad.





## EL VENCEDOR DE LOS ÓGROS

ESTE era un matrimonio muy pobre, que tenía muchos hijos. Cada año tenía uno más. Y una vez le nació un niño muy bonito, que al abrir los ojos dijo a su madre:

—Madre, dame alguna ropita vieja de mis hermanos y comida para dos días y me iré a correr mundo, en busca de fortuna, porque veo que tienes bastantes hijos y yo no hago falta aquí.

—¡No, hijo mío!—exclamó la madre—. Eres demasiado pequeño para irte de casa.

Pero el recién nacido insistió, y al fin su madre tuvo que darle alguna ropa y un poco de comida, y él se marchó muy contento.



CUENTOS DE CALLEJA





Lillekort, que así se llamaba el niño, emprendió la marcha hacia Oriente. Y se encontró en su camino con una anciana tuerta y le quitó el único ojo que tenía.

—¡Ay!—exclamó la vieja—. Me has dejado ciega. ¿Qué va a ser de mí?

—¿Y qué me das si te devuelvo el ojo?—preguntó Lillekort.

—Te daré una espada, con la que puedes matar todo un ejército, por numeroso que éste sea.

—Bueno, trato hecho—dijo Lillekort. Y le dió el ojo a la vieja.

**L**ILLEKORT cogió la espada y continuó su viaje. Un poco más allá encontró otra vieja tuerta y le quitó también el único ojo que tenía, preguntándole qué le daría por devolvérselo.

Contestó la anciana que le entregaría un barco que navegara por mar y por tierra, por encima de las montañas y de los valles. El niño accedió a ello y la vieja le entregó un barquito tan pequeño, que podía llevarlo en el bolsillo.

En cuanto se hubo quedado solo, Lillekort se detuvo para mirar el barquito. Puso un pie encima de él e inmediatamente creció el barco. Puso el otro pie y creció más. Se sentó en él y creció más aún. Entonces dijo:



# CUENTOS DE CALLEJA



En cuanto se hubo quedado solo, Lillekort se detuvo para mirar el barquito.



—Ve, barco mío, sobre las olas del Océano, sobre las montañas y a través de los valles, hasta que llegues al palacio del rey.

Inmediatamente el barco voló por los espacios con la rapidez de un ave, pasó mares, montañas y valles, y se detuvo al fin ante un magnífico palacio, desde una de cuyas ventanas varias personas contemplaban con asombro al niño que viajaba de modo tan extraño, apresurándose a salir para ver más de cerca la maravilla; pero Lillekort se había guardado ya el barquito en el bolsillo. Preguntáronle quién era y de dónde venía. A estas preguntas no supo qué contestar; pero dijo con voz firme que deseaba entrar al servicio del rey, en cualquier destino, aunque fuese de criado de criados. Fué satisfecha tan humilde pretensión. Y le encargaron de llevar agua y leña a la cocina.

Al entrar en el palacio vió que las paredes estaban cubiertas con colgaduras negras.

—¿Por qué está colgado de negro el palacio?—preguntó a la cocinera.

—¡Ay!—exclamó la mujer—. La única hija de nuestro rey ha sido prometida a tres enormes ogros pescadores, y el jueves próximo viene el primero a reclamarla. Se ha ofrecido a defenderla un caballero llamado Arturo; pero ¡quién sabe lo que sucederá! Mientras tanto no hacemos más que llorar, como tú ves.



# CUENTOS DE CALLEJA



EL jueves por la noche llevó Arturo a la princesa a la orilla del mar, donde tenía que defenderla. Pero el caballero no era muy valiente, y en vez de esperar al lado de la princesa, se subió a un árbol y se escondió entre las ramas. La princesa le suplicaba en vano que la socorriese.

—No—decía el caballero—. ¿Para qué hemos de morir los dos? Basta que mueras tú.

Lillekort había pedido permiso a la cocinera para ir a la orilla del mar y llegó en el momento en que el ogro, haciendo tanto ruido como un trueno, apareció. Tenía el cuerpo enorme y cinco cabezas espantosas.

—¡Loco, quítate de ahí!—gritó al ver al pequeño pinche.

—¡Loco tú!—repitió Lillekort.

—Pero ¿crees que podrás luchar conmigo?

—Si no sé, aprenderé.

El ogro arrojó entonces a Lillekort una barra de hierro, que al caer al suelo levantó un montón de arena.

—¡Es una buena prueba de fuerza!—exclamó Lillekort—. ¡Ahora verás!

Y al decir esto desenvainó la espada, y de un solo tajo le cortó al monstruo las cinco cabezas.



# CUENTOS DE CALLEJA



La princesa, al verse libre, se puso a cantar y bailar alegremente, y luego dijo al niño:

—Descansa; pon la cabeza en mis rodillas—. Y mientras estaba descansando el niño, la princesa le puso una armadura de oro.

Arturo bajó entonces del árbol, cortó las lenguas y los pulmones al monstruo y dijo a la princesa que la mataría si no le prometía decir públicamente que había sido él su libertador. La princesa cedió a sus amenazas y el caballero volvió con ella, triunfante, a palacio. Le colmó el rey de honores y a la hora de la cena le sentó a su derecha en la mesa.

**M**IENTRAS tanto, Lillekort entró en el barco del gigante y cogió de él un puñado de alhajas de oro y plata de oro y plata.

—¿De dónde has sacado tales riquezas?—preguntóle la cocinera con ansiedad, temiendo que las hubiera robado.

—Tranquilízate—repuso el niño—. He ido un momento a mi casa y he cogido estas cosillas de un mueble viejo, para ti.

—¡Qué bonitas son! ¡Gracias!

# CUENTOS DE CALLEJA



EL jueves siguiente tornó la pesadumbre y la angustia. Pero Arturo dijo que, así como había vencido al primer ogro pescador, vencería al segundo; a pesar de lo cual, cuando llegó el momento, se refugió en las ramas de un árbol, diciendo como la otra vez:

—¿A qué hemos de morir los dos?

Lillekort volvió a pedir permiso a la cocinera para salir, diciendo que iba a jugar con unos niños a la orilla del mar, y después de prometer que volvería a la hora de cenar con una buena carga de leña, se fué corriendo a la playa, llegado a la cual vió venir al ogro pescador. Era doble de grande que el primero y tenía diez cabezas.

—¡Loco!—exclamó el ogro al ver a Lillekort—. ¡Quítate de en medio!

—¡Loco tú!—repitió el valeroso niño—; y cuando le preguntó el ogro si sabía luchar, respondió, como la vez anterior, que aprendería.

Entonces el ogro le arrojó una barra de hierro, que al caer al suelo levantó una columna de arena de diez metros de alto.

—¡Buena prueba de tu fuerza!—dijo el niño—. ¡Ahora verás!—Y desenvainando su espada cortó de un solo tajo las diez cabezas al monstruo.





Y al decir esto desenvainó la espada...

# CUENTOS DE CALLEJA



Nuevamente quiso la princesa que descansara sobre sus rodillas, y esta vez le puso una armadura de plata.

Y Arturo descendió del árbol, cortó las lenguas y los pulmones al pescador y volvió con la princesa, en triunfo, al palacio, después de haberle dicho que la mataría si no declaraba públicamente que había sido él su libertador. El rey le recibió con entusiasmo y no sabía cómo demostrarle su gratitud.

**L**ILLEKORT regresó a la cocina con otro botín de plata y oro que había cogido del barco del ogro pescador.

**E**n tercer jueves volvió a colgarse de negro el palacio y la gente se sumió nuevamente en la tristeza. Arturo dijo que, así como había vencido a los dos monstruos, vencería al tercero; pero, como los jueves anteriores, se escondió en el árbol, y cuando la princesa le suplicó que permaneciese a su lado, contestó que había bastante con una víctima.



# CUENTOS DE CALLEJA



# CUENTOS DE CALLEJA



Lillekort, que había vuelto a pedir permiso a la cocinera para salir, llegó a la orilla del mar al mismo tiempo que el monstruo, el cual era mucho más terrible que los dos anteriores. Tenía quince cabezas, y la barra de hierro que arrojó a su pequeño adversario, levantó una columna de arena de quince metros de altura, Pero Lillekort, con su mágica espada, le cortó de un tajo las quince cabezas.

—Descansa—le dijo la princesa—. Apoya la cabeza sobre mis rodillas. Y mientras descansaba le puso una armadura de bronce, y le dijo:

—¿Cómo podremos conseguir ahora que se sepa que eres tú quien me ha salvado?

—Se me ocurre una idea—respondió Lillekort—. Arturo irá sin escrúpulo a reclamar la recompensa ofrecida para vuestro libertador, que es vuestra mano y la mitad del reino de vuestro padre. Cuando llegue el día de vuestra boda, decid que deseáis que os sirva el niño que lleva el agua y la leña a la cocina. Yo dejaré caer unas gotas de vino en el plato de Arturo, y él me pegará. Por segunda y tercera vez haré lo mismo, y él me volverá a pegar. Entonces diréis vos: “¿No os da vergüenza pegar así a quien me salvó, a quien amo y a quien será mi esposo?”.

Al ver muerto al monstruo, Arturo bajó del árbol y llevó a la princesa a palacio, después de haberla obligado a prometer por tercera vez que le proclamarían como libertador suyo.



EL rey anunció que el libertador de su hija recibiría del modo más espléndido la recompensa que tan bien merecida tenía. Quedó el cobarde conde, pues, como prometido de la princesa y recibió la mitad del reino. El día de la boda la princesa quiso que le sirviese la comida el niño que llevaba el agua y la leña a la cocina.

—¡Cómo!—exclamó Arturo con disgusto—. ¿Queréis tener cerca de vos a ese sucio y repugnante pinchecillo?

—Sí; lo deseo.

Fué llamado Lillekort, y según había dicho dejó caer unas gotas de vino en el plato de Arturo por tres veces. La primera vez que le pegó Arturo, se le cayeron a Lillekort las ropas ordinarias que llevaba y el valeroso niño apareció con una armadura de bronce; la segunda vez con una armadura de plata, y la tercera con una de oro reluciente.

Entonces la princesa exclamó:

—¿No os da vergüenza pegar así a quien amo, a quien me salvó la vida y a quien será mi esposo?

Arturo afirmó rotundamente que era él quien la había salvado.

—Veamos las pruebas—dijo el rey.

El caballero mostró inmediatamente las lenguas y los pulmones de los ogros. Lillekort presentó los tesoros que

# CUENTOS DE CALLEJA



# CUENTOS DE CALLEJA



había traído de los barcos de los monstruos. Al ver el oro, la plata y los diamantes, nadie dudó.

—Sólo los ogros pescadores tienen tesoros semejantes —dijo el rey—; y sólo quien los muestra puede hacerse poseedor de ellos.

Arturo, el cobarde y embustero, fué arrojado a un foso lleno de serpientes, y la mano de la princesa se le dió a Lillekort, en unión de la mitad del reino.



## VERGONZOSA Y VALIENTE

**P**UES señor, estos eran un rey y una reina que tenían una hija que era la princesa más tímida del mundo. No podía mirar a nadie sin ruborizarse, y si alguien le dirigía la palabra se echaba a llorar. Su padre y su madre probaban todos los remedios posibles para curarla; pero en vez de aliviarse, la joven se ponía peor. La gente consideraba la timidez de la princesa como una enfermedad, y decía que debían de haberla embrujado al nacer.

La infortunada doncella no podía disfrutar de nada en la vida; cada día era para ella un castigo mayor. Si se le hubiera permitido, se hubiese encerrado en un cuarto oscuro para que no la viera nadie ruborizarse. Y su más ardiente deseo era esconderse para no ver a sus semejantes.



# CUENTOS DE CALLEJA



... No podía mirar a nadie sin ruborizarse, y si alguien le dirigía la palabra se echaba a llorar...



# CUENTOS DE CALLEJA

No vayáis a creer por eso que la princesa Vergonzosa, que así se llamaba, era fea, ni mucho menos. Hasta las damas más criticonas y descontentadizas de la corte no tenían más remedio que declarar que su princesa no carecía de hermosura. El rostro de Vergonzosa era como la flor del manzano recién abierta, que conserva esa palidez de la aurora con un ligerísimo matiz de carmin. Cuando no tenía los ojos bajos, brillaban como estrellas azul-violeta entre una nube de cabellos de oro resplandeciente. En más de una ocasión se la había visto ocultar sus rubores con aquel maravilloso cabello, cuyos rizos llegaban hasta el suelo. Era el suyo un rostro que hubiesen admirado todos los hombres si hubiesen tenido la fortuna de contemplarla alguna vez, pero jamás había querido la princesa presentarse en las grandes ceremonias de la corte, y si por casualidad veía a un cortesano, huía invariablemente antes de que se acercase. Todas las damas decían que esto era una prueba de buen sentido; pero lo decían porque sabían muy bien que si la princesa hubiera tenido el capricho de presentarse, las habría eclipsado a todas con su belleza.

Iba a cumplir los veintiún años, y el rey, la reina y toda la corte dijeron que ya era hora de que la princesa se casara, por lo cual se reunió el Consejo de Ministros para discutir tan importante cuestión, y todos salieron con un fuerte dolor de cabeza. El Consejo trajo por resultado que el rey publicara al día siguiente una proclama diciendo que el príncipe que consiguiera curar a su hija su timidez sería su esposo.



# CUENTOS DE CALLEJA



CUANDO Vergonzosa se enteró de esto, se aisló aún más, y pasó los días y las noches sollozando continuamente.

—Llorando me pondré muy fea—pensó—y así no habrá nadie que quiera casarse conmigo.

Mientras tanto, circulaba rápidamente el edicto del rey, y se corrió la noticia con tal ligereza, que al poco tiempo emprendieron el camino del palacio de Vergonzosa nada menos que cinco príncipes, cada uno de los cuales regía un gran reino y, por lo tanto, podían considerarse dignos de la mano de la princesa. Se hicieron en todas partes grandes preparativos para recibir a los ilustres visitantes con los honores debidos. Como todos los cortesanos adoraban secretamente a la pobre princesa, empezaron a consumirse de envidia, y las damas, que esperaban que los rechazados príncipes se consolasen casándose con algunas de ellas, se decían unas a otras fuchicheando que estaban muertas de curiosidad.

Al día siguiente de la llegada de los príncipes la princesa cumplía los veintiún años, y entonces se invitó sucesivamente a cada príncipe a poner a prueba su sistema curativo. Si alguno lograba que la princesa le hablara se le concedería una segunda prueba.



# CUENTOS DE CALLEJA

Empleáronse toda clase de argumentos para que la princesa asistiera a la recepción que se daba en honor de su fiesta onomástica; pero hasta la mañana misma de la ceremonia no acudió a ver a los príncipes, y aun eso a condición de permanecer oculta. ¡Qué hinchados tenía los



ojos la pobre Vergonzosa! Y la garganta la tenía seca y abrasada por la sal de sus lágrimas.

El único sér con quien tenía confianza la solitaria doncella era su precioso loro brasileño, cuya jaula se hallaba siempre colgada en el cuarto de la princesa. El pájaro tenía más de cien años de edad, pero todavía disfrutaba de perfecta salud, porque nunca le habían dejado probar el perezil y siempre tomaba el alimento frío.

—¡Ay, lorito mío! ¡Me siento más mala que nunca!—



suspiró la princesa, que a la sazón se hallaba en su aposento de la torre del castillo con el pájaro subido en un dedo.



—¡Anda!—repuso el loro—. ¡No seas tonta!

Pero aunque el loro hizo lo posible por consolar a su querida ama, ésta sabía muy bien que por mucho que se arrepienta de sus promesas, una princesa está obligada a cumplir su palabra.

# CUENTOS DE CALLEJA



AL mediodía el rey y la reina ocupaban sus tronos en el salón de Audiencias, rodeados de toda la corte. La princesa estaba también bajo el dosel, pero oculta detrás de un grande y precioso biombo japonés. Sonaron, largos y sonoros, los acordes de una trompeta y avanzó el primer príncipe con adenián resuelto y confiado.

—Escuchad mi idea—dijo con arrogancia—. Decid a la princesa que viene a pretenderla el hombre más guapo del mundo y veréis cómo siente en seguida deseo de verme. Luego me mirará, me hablará seguramente, y la conquistaré.

—La princesa Vergonzosa ya os ha visto—replicó el rey con cierta altivez—, y si siente deseos de hablar al hombre más guapo del mundo, se presentará indudablemente.

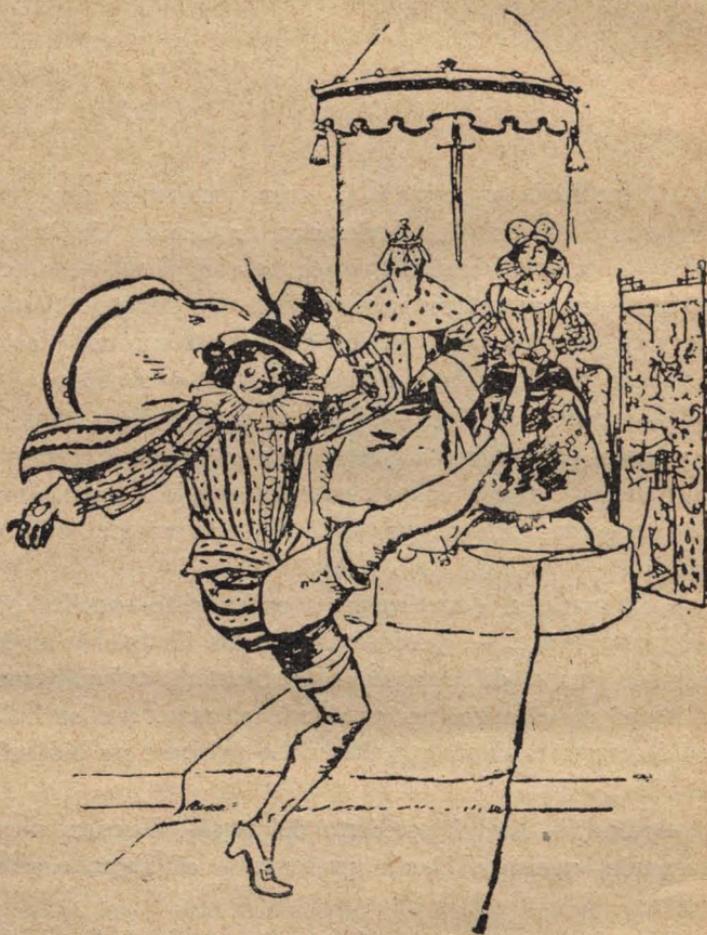
Reinó en el salón tan profundo silencio, que se hubiera podido oír la caída de un alfiler. La princesa no dió señales de vida.

—¡Basta!—fué el veredicto del rey—. Vuestro plan ha fracasado, príncipe. Puede presentarse el segundo pretendiente.

El príncipe que apareció entonces tenía facha de hombre alegre, divertido y despreocupado. Evidentemente no



# CUENTOS DE CALLEJA



# CUENTOS DE CALLEJA

se le había ocurrido siquiera la idea de un posible fracaso.

—Es preciso que toquen música—dijo—para que yo baile ante la princesa. Todo el mundo me considera como el más admirable bailarín. En cuanto me vea la princesa querrá tomarme por pareja y mientras bailamos la hablaré. Podéis estar tranquilos, que ella ha de contestarme.

—La princesa os está viendo en estos momentos—reprocho el rey—. Que toquen los músicos.

Tocó la orquesta y el príncipe bailó. Parecía que iban a salir disparadas sus piernas en todas direcciones y que se le iba a caer la cabeza de tantas vueltas. Todos los presentes llegaron a cansarse de verle dar brincos y hacer piruetas, verdaderamente extraordinarias; pero la princesa no le hacía caso.

—¡Alto!—exclamó el rey al fin—. ¡Deteneos inmediatamente o nos volveremos locos todos! La princesa no concederá su mano a un saltimbanqui.

El segundo príncipe no tuvo más remedio que confesarse vencido; pero se retiró del salón silbando lo bastante fuerte para que se le oyese, como para demostrar a todos que aquello no le importaba un pito.

El tercer aspirante era hombre de edad más madura, serio de expresión y de porte digno.

—Mi proyecto—declaró—no es posible que fracase; pero antes de revelarlo debe permitirme la princesa que la vea un instante. Si está detrás del biombo, como creo, ¿tendrá la bondad de quitarlo o, aún mejor, permitirme mirar a través de él?



Pero en aquel momento se oyó el roce de unos cortinajes de seda. Era evidente que la princesa había huído por una puerta próxima, junto a la cual se había situado para retirarse en caso de alarma.

—¡Eso no es lo pactado!—replicó el rey, con un tono que revelaba considerable disgusto—. Si no podéis conquistar a la princesa con arreglo a las condiciones estipuladas, no sois digno de ella. Por consecuencia, señor, os ruego que os retiréis.

Ante estas palabras hubo de retirarse el tercer príncipe con aire majestuoso y ofendido, mientras que una de las damas de la corte iba por orden del rey en busca de la fugitiva princesa.

Tocábale la vez al cuarto príncipe, el cual avanzó lentamente con la expresión pensativa y abstraída de un hombre sabio.

—Yo propongo—dijo con mesurado tono—que la princesa se ponga un antifaz. No pudiendo verla nadie el rostro, conquistará valor e independencía. Lenta, pero seguramente, se acostumbrará a vivir entre sus semejantes. He aquí un antifaz que traigo con el propósito que acabo de exponer. Si la princesa se convence y se lo pone, estoy seguro de que me contestará cuando le hable.

—No está mal—dijo el rey, sintiendo renacer la esperanza—. Pero eso ha de decidirlo la princesa. Si quiere probar el experimento, que tosa y se le entregará el antifaz sin dilación.

Pero Vergonzosa siguió callada, cual no tenía nada de extraño, porque si el antifaz hubiera sido bonito, es po-

# CUENTOS DE CALLEJA



Tocó la orquesta y el principe bailó. Parecia que iban a salir disparadas sus piernas...





—¿sible que hubiera accedido a la solicitud; pero ¿cómo iba a someterse a transformar su belleza en fealdad?

Las cosas se ponen mal, pensó la reina. Y su mirada rebosaba pena y el rey arrugaba el entrecejo, porque sólo faltaba que probase su suerte un príncipe, y no había motivo para esperar que propusiese nada mejor que lo propuesto por sus predecesores.

El último pretendiente se acercó a las gradas del trono sin ostentación de ningún género. A pesar de su aspecto modesto, parecía un joven tan valeroso, que sólo con mirarle inspiraba confianza.

—Con la venia de vuestra majestad—comenzó a decir respetuosamente—, voy a contar una historia lo más brevemente posible, para no cansar vuestra atención. Era un príncipe que estaba profundamente enamorado de una princesa; mas por ciertas razones no podía declarar su amor. En primer lugar, no había visto nunca a la princesa, ni era probable que tuviera ocasión de verla. Podía haberla escrito, es cierto; pero la amaba tiernamente para atreverse a correr el riesgo de hacerla llorar al recibir el mensaje. Por esta causa pasó mucho tiempo, durante el cual tuvo que contentarse el príncipe con pensar en la doncella, pues para él no había otra en el mundo. Abandonó la caza, que era su distracción favorita, y toda la noche permanecía despierto, a fin de disponer de más tiempo para adorarla en su corazón. Día tras día aguardó pacientemente, hasta que al fin se le ofreció ocasión de ir al palacio donde ella vivía. Y ahora viene la parte más curiosa de la historia. La princesa era muy bella; pero el príncipe no la amaba

# CUENTOS DE CALLEJA



por su belleza. Es un enigma que todos los presentes pueden tratar de descifrar. ¿Por qué amo yo a la princesa?

El rey y la reina hablaron entre sí en voz baja. Los cortesanos movían la cabeza con aire de disgusto; las damas cuchicheaban y dirigían miradas de admiración al último competidor.

Los ojos del príncipe, mientras tanto, permanecían fijos en el suelo. Su semblante se había puesto pálido y expresaba ansiedad, y la princesa, a su vez, le estaba mirando por un agujerito hecho de antemano en el biombo. La ceremonia la cansaba al principio; pero al observar la turbación del príncipe, Vergonzosa se sonrió para sí y sus mejillas se tiñeron de carmín.

—¿No lo acertáis?—preguntó el príncipe al cabo de más de diez minutos.

Todos se vieron obligados a declarar que el enigma era demasiado difícil.

—Pues amo a la princesa—repitió el príncipe—; por su timidez!

Nadie habló. En todos los rostros se retrató el temor, porque estaba prohibido mencionar en palacio la enfermedad de la infortunada princesa. Pero de pronto todos se estremecieron de asombro al escuchar una carcajada argentina y deliciosamente infantil. Había sonado detrás del biombo. La expresión satisfecha que inmediatamente tomaron todos los presentes fué verdaderamente curiosa, porque, por extraño que parezca, era la primera vez que habían oído reír a la princesa Vergonzosa.

Pero aún fué más grande la sensación de satisfacción





que experimentó la doncella, porque en aquel instante le pareció que su timidez dejaba de ser una molesta carga para ella. ¡Su timidez inspiraba siquiera amor! ¡Qué idea tan nueva y tan deliciosa!

—¡Encanta oírlo!—dijo el príncipe con alegre voz—. ¿No podremos escucharla otra vez?

Esta súplica le causó tal regocijo a Vergonzosa, que volvió a reírse más fuerte y más tiempo que antes. ¡Y qué bien le sentaba reír! ¡Parecía que el sol naciente disipaba las nieblas que envolvían su mente! ¡Jamás se había sentido tan contenta!

Impulsado por su agitación, el rey se puso de pie.

—Ha reído—dijo con alegría—, y la risa es indudablemente una parte de la conversación. Príncipe, volved mañana a la misma hora, y quiera Dios que vuestros esfuerzos sean coronados por el éxito.

La reunión se suspendió hasta el día siguiente, y los cortesanos se dispersaron en un estado de ánimo nada envidiable, preguntándose unos a otros agriamente por qué no se les habría ocurrido a ellos el remedio.

La princesa se retiró a sus habitaciones con toda la presteza posible, porque estaba atónita ante el cambio que se producía rápidamente en ella.

AL día siguiente, al acercarse la hora de la prueba, el príncipe estaba terriblemente nervioso. Cuando estuvo reunida la corte en el Salón de Audiencias y hubo sonado la trompeta, como de costumbre, avanzó resueltamente; pero tenía el rostro muy pálido y era fácil ver que el asunto constituía para él una cuestión de vida o muerte.

La princesa había ocupado ya su puesto detrás del biombo y todos estaban atentos.

—Dispuestos estamos a escuchar lo que tenga que decir el príncipe Valiente—declaró el rey.

—Con la venia de vuestra majestad, tengo que formular otro enigma—balbuceó el príncipe, quien, a pesar de todos sus esfuerzos para evitarlo, revelaba el más profundo abatimiento.

—¡Hablad!—ordenó el rey, con acento bondadoso.

—¿Cómo puedo conquistar a la princesa?

El príncipe pronunció estas palabras con mucha claridad y conservando el cuerpo erguido, porque estaba resuelto a recibir el fracaso como un bravo caballero.

Inútil es decir que nadie trató de resolver el enigma. Se trataba en éste, como en el anterior, de un terreno demasiado delicado.

—No lo acertamos—dijo el rey al fin, hablando en nombre de todos.

# CUENTOS DE CALLEJA



—La princesa dará la respuesta—murmuró el príncipe, quitándose el sombrero e hincando una rodilla en tierra.

El nuevo giro de los acontecimientos causó desencanto general. El rey volvió a ponerse serio, y a la reina se le llenaron los ojos de lágrimas y acudió un sollozo a su garganta. El día anterior todo prometía un fin dichoso; pero en aquel momento parecían perdidas todas las esperanzas.

El príncipe permanecía en la postura dicha hasta que el rey estuvo a punto de ordenarle que se levantara y se retirase. Pero en aquel instante se sintió un movimiento detrás del biombo que hizo estremecer ligeramente su tenue armazón. Y apareció ante la corte la princesa Vergonzosa con toda la plenitud de su dulzura y de su encanto. Vestía un maravilloso traje de color verde-azulado que ondulaba como las olas del mar. Sus ojos relucían como gotas de rocío a través de sus lágrimas, y su cabello caía sobre sus hombros como una cascada de oro.

El príncipe se inclinó profundamente ante ella, poniendo una mano por encima de los ojos, como si le deslumbrase la contemplación de tanta belleza. Pero una mano blanca le hizo levantarse del suelo, y luego, mientras todos permanecían mudos de sorpresa, la princesa Vergonzosa habló al príncipe:

—Príncipe Valiente—dijo, con una voz que semejaba el murmullo de la brisa al jugar en la superficie de un arroyo—, me han contado las grandes y generosas hazañas que habéis realizado y me han asegurado que me amáis de veras; pero, decidme: ¿cómo podéis amarme sin haberme visto nunca?

—Porque en mi país me contaron lo tímida que érais—  
respondió el príncipe.

La princesa, al oírle, se rió alegremente, y aunque su  
rubor era más intenso que nunca, no le molestaba ya.



El príncipe se adelantó y la besó ambas manos, y en-  
tonces el rey declaró que la princesa Vergonzosa se había  
curado de su timidez y que las bodas se celebrarían al día  
siguiente.

Y así sucedió como el rey lo había anunciado. Y la  
princesa Vergonzosa y el príncipe Valiente fueron muchos  
años los seres más felices de la tierra.



## EL PAJE DE NOSEDONDE

**R**EINABA hace tiempo en Nosedónde un rey que tenía, entre otros muchos criados, un paje llamado Clarafrente, que era el predilecto del monarca, el cual siempre le estaba colmando de honores y regalos por habilidad y listeza extraordinarias, y porque siempre hacía perfectamente cuanto le encargaba. Por esta predilección del rey le tenían envidia los demás pajes, porque mientras él veía recompensada su destreza con regalos y alabanzas, ellos no solían recibir más que reprimendas o castigos por su estupidez. Cuando Clarafrente se encontraba con alguna prenda nueva para abrigarse las espaldas, ellos sentían caer sobre las suyas un chaparrón de palos. Si a Clarafrente le permitía el rey besarle la mano, ellos no hacían más que tocarla cuando el rey les daba algún bofetón.

# CUENTOS DE CALLEJA



Clarafrente echó en una carretilla una colmena, un saco con un gallo,  
una liebre y un cordero.



Por todas estas cosas tenían mucha rabia a Clarafrente y se pasaban el día murmurando y fraguando el modo de conseguir que Clarafrente perdiese el afecto real. Uno de ellos derramó un puñado de guisantes en las gradas del



trono, para que Clarafrente resbalase y, al caerse, rompiese el cetro de cristal que tenía que presentar siempre al rey; otro clavó cortezas de melón en las suelas de los zapatos del aborrecido paje, para que se escurriera y pusiera perdido el vestido del rey al servirle la sopa; un tercero metió una porción de moscas de las peores en una paja y las



sopló dentro de la talma del rey cuando Clarafrente estaba vistiéndolo; el cuarto le hizo no sé qué otra mala jugarreta. Todos, en fin, pusieron algo de su parte para enajenar a Clarafrente la privanza. Pero Clarafrente era tan cauto, tan listo y tan vigilante, que todo cuanto le hacían resultaba inútil, y llevaba a cabo todas las órdenes del rey sin tropiezo alguno.

Cuando vieron la inutilidad de todas sus maniöbras, resolvieron los criados ensayar algo más. El rey tenía un enemigo a quien nunca lograba vencer y a quien siempre le estaba haciendo algún daño. Este enemigo era un gigante llamado Cabezadormida, que vivía en una gran montaña y en un rico palacio, rodeado de un espeso bosque umbrío, y, aparte de su esposa Comoelcieno, no vivía con él ningún ser humano. Tenía, en cambio, un león llamado Temegallinas; un oso llamado Barbasdemiél; un lobo llamado Devoracorderos, y un perro llamado Espantaliebres, que hacían las veces de criados. También tenía en las cuadras un caballo llamado Patasdeviento.

EN las inmediaciones del reino de Nosedónde residía también una hermosa reina, llamada Flosk, que tenía una hija, la princesa Flink. Y el rey de Nosedónde, que quería poseer todas las tierras contiguas a las suyas, deseaba ardientemente casarse con la reina Flosk. Esta era muy vanidosa y le hizo saber que también querían casarse



# CUENTOS DE CALLEJA



con ella otros muchos reyes, y que sólo aceptaría en matrimonio al rey que fuera más listo y se pusiera el primero a su lado cuando fuese a la iglesia el domingo por la mañana.

El rey llamó a toda su servidumbre para hacerle esta pregunta:

—¿Cómo me las arreglaré yo para llegar el primero a la iglesia el próximo domingo por la mañana y merecer así a la reina Flosk?

Sus criados le contestaron diciendo:

—Vuestra majestad debe apoderarse del caballo Patasdeviento, que es del gigante Cabezadormida. Subido en él nadie podrá adelantarse a vuestra majestad; y para coger ese caballo nadie más a propósito que Clarafrente, que sale siempre airoso de todo cuanto emprende.

Así hablaron los pícaros criados, esperando que el gigante Cabezadormida mataría a Clarafrente; y el rey encargó a Clarafrente que le trajese el caballo Patasdeviento.

Clarafrente echó en una carretilla una colmena, un saco con un gallo, una liebre y un cordero. Llevó consigo una larga cuerda y una gran caja llena de rapé; se ató a la cintura un látigo; se puso en las botas unas buenas espuelas y echó a andar tranquilamente empujando la carretilla.

Ya casi de noche llegó a la cumbre de la alta montaña, y cuando hubo atravesado el bosque, vió ante él el castillo del gigante Cabezadormida. Al poco rato oyó roncar sonoramente al gigante, a su mujer Comoelcieno, a su león Temegallinas, a su oso Barbasdemiél, a su lobo Devoracorderos y a su perro Espantaliébres. Sólo estaba despierto y



# CUENTOS DE CALLEJA

dando patadas en el sue'lo de la cuadra el caballo Patasdeviento.

Entonces Clarafrente sacó la cuerda que traía en el saco, la tendió entre dos árboles, delante de la puerta del castillo, y colocó la caja de rapé en el centro. Cogió después la colmena y la colocó en un árbol de la orilla del camino, y, por último, entró en la cuadra y desató a Patasdeviento. Echóse a la espalda el saco con el gallo, el cordero y la liebre, montó en el caballo, picó espuelas y salió de la cuadra.

Pero el caballo Patasdeviento sabía hablar y empezó a gritar estrepitosamente:

—¡Cabezadormida! ¡Comoelcieno! ¡Barbasmiel! ¡Temegallinas! ¡Devoracorderos! ¡Espantalliebres! ¡Que me llevan! ¡Que me llevan!

Y empezó a galopar veloz, porque con Clarafrente a la grupa no tenía más remedio que correr.

Se despertaron Cabezadormida y Comoelcieno y oyeron los gritos del caballo Patasdeviento. Despertaron a escape al oso Barbasmiel, al león Temegallinas, al lobo Devoracorderos y al perro Espantalliebres, y todos salieron corriendo a ver si alcanzaban a Clarafrente.

Pero, con la obscuridad, el gigante Cabezadormida y su mujer Comoelcieno tropezaron en la cuerda que Clarafrente había tendido delante de la puerta del castillo y fueron a caer de bruces en la caja de rapé que el paje había puesto allí. Marido y mujer se frotaron los ojos y estornudaron uno tras otro.

—¡Salud, mujer!—dijo Cabezadormida.



CUENTOS DE CALLEJA



# CUENTOS DE CALLEJA



—Gracias—respondió Comoelcieno, y añadió:

—¡Salud, marido!

—Gracias—respondió el gigante; y siguieron cambiando estos cumplimientos hasta que hubieron conseguido quitarse el rapé de los ojos y echar, a fuerza de estornudos, el que se les había metido en las narices.

Mientras tanto, Clarafrente salía del bosque.

El oso Barbasdemiél fué el primero en perseguirle; pero al pasar por donde estaba la colmena le dió el olor de la miel y sintió ganas de comérsela. Entonces salieron las abejas zumbando y le picaron de tal modo en la cabeza que tuvo que volverse corriendo y medio ciego al castillo.

Clarafrente estaba ya a alguna distancia del bosque, cuando el león Temegallinas, que venía dando enormes saltos tras él, iba a alcanzarlo, y sacó a escape el gallo que llevaba en el talego y lo soltó. El gallo se encaramó en la copa de un árbol, cantando, cosa que asustó tanto al león que se volvió también enloquecido.

Luego vió Clarafrente que llegaba el lobo y soltó rápidamente al cordero. El lobo entonces echó a correr tras del animalito y dejó de perseguir al paje.

Estaba ya Clarafrente cerca de la ciudad, cuando oyó ladrar detrás de él; y al ver que venía a todo correr el perro Espantaliebres, soltó la que llevaba en el saco y el perro salió en su persecución; de suerte que Clarafrente pudo llegar sano y salvo al palacio de su rey, el cual dió las gracias a Clarafrente por haberle traído el caballo, y los perversos criados de la corte se llevaron un soberano chasco al verle volver.



AL domingo siguiente por la mañana el rey montó en su caballo Patasdeviento y fué en busca de la reina Flosk. El caballo galopó tan de prisa, que el jinete llegó mucho antes que los otros reyes, y ya había bailado varias danzas de boda con la reina cuando los otros llegaron.

En el momento de llegar a palacio con su nueva esposa le dijeron sus criados:

—Cierto es que vuestra majestad posee el caballo del gigante Cabezadormida; pero cuánto mejor no estaría si tuviera también su ropa, que, según dicen, sobrepuja a todo cuanto han visto los hombres. Clarafrente, que es tan listo, os la traerá, seguramente, en cuanto se lo mandéis.

Al rey le entraron en seguida grandes deseos de poseer la ropa de Cabezadormida, y dió el encargo a Clarafrente.

Cuando el paje salió de palacio para cumplir el mandato de su señor, los perversos criados se regocijaron, creyendo que esta vez no se escaparía de las garras de Cabezadormida.

Clarafrente no llevaba consigo más que unos cuantos sacos buenos y fuertes. Al llegar al castillo del gigante se encaramó en un árbol y allí estuvo escondido hasta que se hubieron acostado todos los ocupantes de la fortaleza. Cuando todo estuvo en calma descendió a tierra, y en el mismo instante oyó gritar a la señora Comoelcieno:

# CUENTOS DE CALLEJA



—Cabezadormida, tengo muy baja la almohada. Tráeme un puñado de paja de ahí afuera.

Clara frente se metió en seguida en el montón de paja y Cabezadormida lo cogió entre ella, y, después de colocar lo que él creía sólo paja bajo la almohada de su mujer, se volvió a acostar.

En cuanto se hubieron dormido, Clara frente metió en un saco la ropa del gigante y de su mujer, y, con mucho tiento, lo ató a la cola del león Temegallinas. Luego ató a la cama del gigante al lobo Devoracorderos, al oso Barbardemiel y al perro Espantaliebres, que estaban durmiendo a pierna suelta, y abrió de par en par la puerta. Hasta aquí le había salido todo a pedir de boca; pero quería llevarse también la hermosa colcha que cubría la cama del gigante, y para conseguirlo empezó a dar tirones de las puntas hasta que la hizo caer al suelo.

Se envolvió en ella y se sentó en el saco que contenía las ropas de los gigantes, que, como hemos dicho, había atado a la cola del león.

En cuanto empezó a entrar por la puerta el fresco de la noche se le enfriaron los pies a la gigante, y, al despertarse, dijo:

—Cabezadormida, hijo, te has llevado toda la ropa de la cama y me estoy helando con el fresco de la madrugada.

—Quien se la ha llevado has sido tú. ¡Yo sí que estoy destapado!—replicó el gigante.

Y empezaron a discutir, hasta que Clara frente no pudo reprimir la risa y soltó una carcajada.

Apenas le oyeron los gigantes comenzaron a gritar:



—¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Arriba, Temegallinas! ¡Arriba, Devoracorderos! ¡Arriba, Barbasdemiel! ¡Arriba, Espantaliebres! ¡Ladrones! ¡Ladrones!



Los animales se despertaron sobresaltados, y el león salió corriendo por la puerta. Pero Clarafrente, embozado en la colcha, estaba sentado en el saco de las ropas atado a la cola del león, y éste lo arrastró como si fuera en un

# CUENTOS DE CALLEJA



coche. Clarafrente cantaba de vez en cuando “¡Ki-ki-ri-ki!”, como un gallo, y el león sintió tal miedo que llegó en un momento, loco de terror, hasta las puertas de la ciudad. Sacó Clarafrente una navaja, cortó la cuerda, y con el ímpetu que llevaba el león no pudo pararse en seco y se estrelló la cabeza al chocar contra la puerta.

Los otros animales, atados como estaban a la cama de los gigantes, no podían sacarla por la puerta, porque era demasiado ancha, y empezaron a arrastrarla dando vueltas por la habitación, hasta que se enfadaron sus amos y mataron a palos al lobo, al oso y al perro, aunque los pobres animales no tenían la culpa de nada.

Cuando el vigía de la ciudad oyó el golpetazo del león en la puerta, abrió, y Clarafrente llevó en triunfo las ropas de Cabezadormida y Comoelcieno al rey, que estuvo a punto de morir de gusto, porque jamás había visto ropas como aquéllas. Había, entre otras cosas, una cazadora hecha de pieles magníficas, unidas y cosidas con tanto arte que se veía reproducida en ella toda la historia de *La Caperucita roja*. Había también una chaqueta de cazador de aves hecha con plumas de todas las aves del mundo, formando un águila en el delantero y un buho en la espalda, y en los bolsillos tenía una caja de música y un juego de campanillas que reproducía el concierto de todas las aves del mundo cantando juntas. Había, además, un traje de baño y un traje de pescador, hechos con pieles de todos los peces del mundo, cosidas de tal manera que se veía una pesca de ballenas y una pesca de sardinas. Luego había un traje de jardín de Comoelcieno, en el cual estaban



# CUENTOS DE CALLEJA



bordadas todas las flores, los frutos y las hierbas del mundo. Pero lo que sobrepujaba a todo era la colcha. Se componía exclusivamente de pieles de murciélago, y estaban en ella figuradas con diamantes todas las estrellas del firmamento.

La familia real se quedó muda de asombro. Clarafrente fué besado y abrazado, mientras que sus enemigos reventaban de rabia al ver que había vuelto a escapar sano el paje de las manos de Cabezadormida.

No por eso desesperaron, y metieron al rey en la cabeza la idea de que, si bien no faltaba nada para su dignidad de monarca, no le sentaría mal ser dueño del castillo de Cabezadormida. El rey, que era en estas cosas como un niño mal educado, y siempre quería salirse con sus caprichos, dijo inmediatamente a Clarafrente que quería el castillo de Cabezadormida, y que le recompensaría muy bien si se lo proporcionaba.

Clarafrente no tardó mucho tiempo en pensar lo que iba a hacer y corrió, por tercera vez, a la fortaleza de Cabezadormida.

Cuando llegó no estaba en casa el gigante, y el paje oyó un llanto como de ternero. Se asomó por una ventana, y vió a Comoe!cieno haciendo astillas y dando de mamar a un gigantillo que tenía en brazos, y que enseñaba los dientes y mugía como un choto.



# CUENTOS DE CALLEJA

Clarafrente entró y dijo a Comoelcieno:

—Buenos días, laya, bella, ancha, majestuosa y extraordinaria señora mía. ¿Tanto tenéis que hacer que os veis



obligada a hacer astillas y a dar el pecho al mismo tiempo a vuestro niño? ¿No tenéis doncellas ni lacayos? ¿Dónde está vuestro esposo?

—Mi esposo—dijo doña Comoelcieno—ha salido a in-



# CUENTOS DE CALLEJA



uitar a todos sus parientes a un banquete que vamos a dar con motivo del nacimiento de nuestro hijo. Yo tengo que guisarlo todo, porque mi esposo mató al perro, al oso y al lobo, que eran los que me ayudaban, y el león ha huído.

—Realmente pesa sobre vos mucho trabajo—dijo Clarafrente—. Celebraré poder seros útil en algo.

Entonces Comoelcieno le rogó que hiciese astillas cuatro leños. Clarafrente cogió el hacha y dijo a la gigante:

—¿Tenéis la bondad de sostener un momento este tarugo? Y la gigante se inclinó para hacerlo así.

Entonces Clarafrente levantó en alto el hacha y, al dejarla caer, cortó de un tajo la cabeza a la gigante y a su hijo el gigantillo.

Luego cavó un gran hoyo delante del castillo, donde echó a la gigante y al niño, cubriendo después el hoyo con ramas y hojas. Iluminó todas las habitaciones del castillo con antorchas y, empuñando dos grandes cazos, empezó a dar golpes en una caldera de cobre como si fuera un tambor. A continuación buscó el embudo del vino y se puso a tocarlo como una trompeta, gritando entre toque y toque:

—¡Viva su majestad el rey de Nosedónde! ¡Viva!

Cuando regresaba a su casa el gigante vió las luces, oyó los gritos, y, loco de ira, corrió con tal furia hacia la puerta, que no vió el hoyo disimulado con ramas y se cayó en él, quedando prisionero. El gigante se puso a gritar y a meter mucho ruido; pero Clarafrente bajó corriendo y empezó a echar piedras al hoyo hasta tapar del todo a Cabezadormida.

Por último, Clarafrente cogió la llave del castillo y co-



# CUENTOS DE CALLEJA

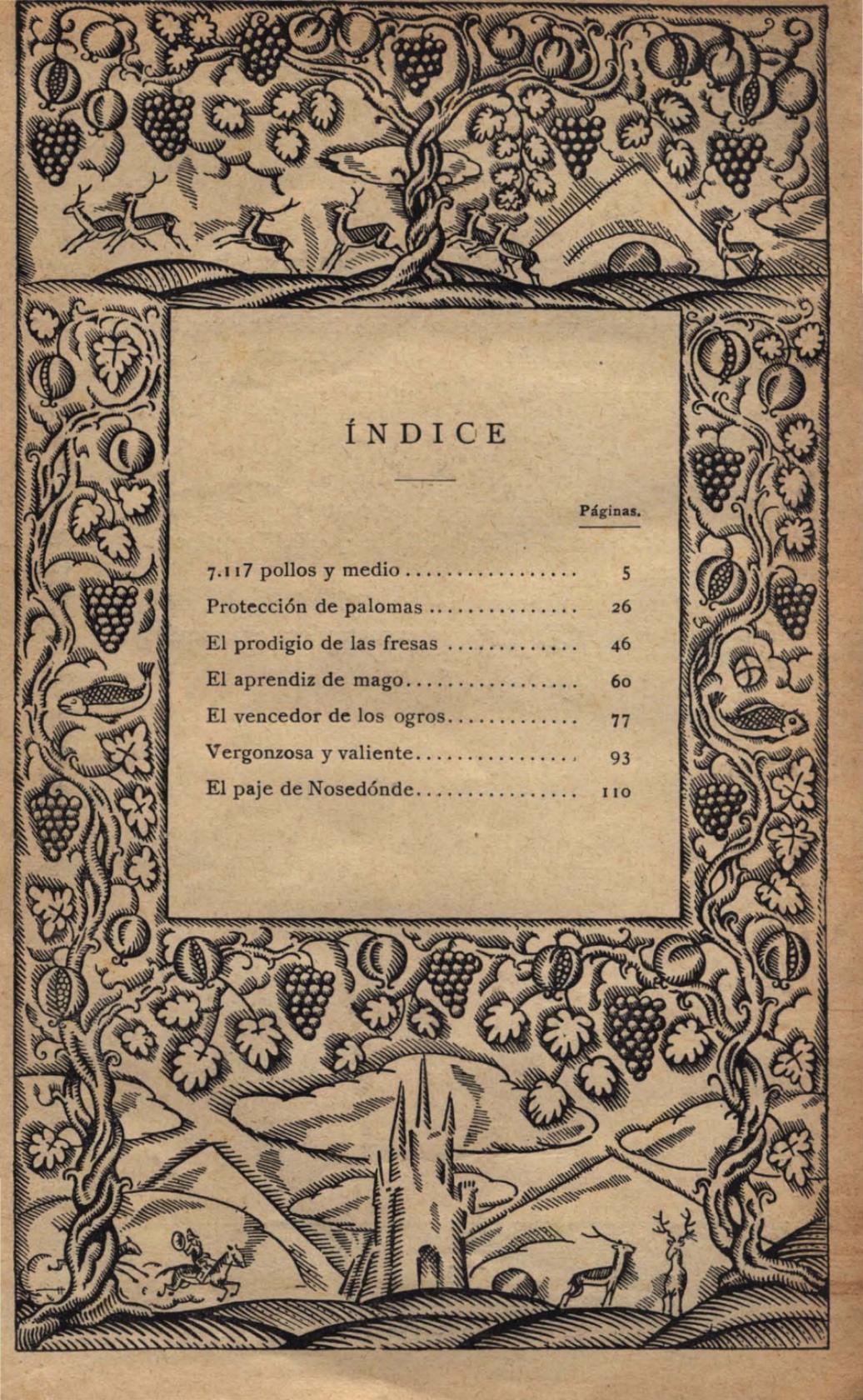


rrió al lado del rey de Nosedónde, el cual se trasladó inmediatamente al castillo con su esposa Flosk, con Flink y con Clarafrente, para ver todo lo que había que ver allí. Y se pasaron catorce días visitando las innumerables cámaras, comedores, salas de fumar, billares, atalayas, bodegas, panaderías, hornos, cocinas, leñeras, lavaderos y otros cien aposentos.

El rey preguntó a Clarafrente qué quería en recompensa de sus fieles servicios. Clarafrente contestó que deseaba casarse con la princesa Flink, si ella le quería. La princesa accedió gustosa.

Y se casaron, y vivieron en el castillo del gigante, donde todavía, si queréis ir, podéis encontrarlos, enamorados y dichosos.





## ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
7.117 pollos y medio .....	5
Protección de palomas .....	26
El prodigio de las fresas .....	46
El aprendiz de mago .....	60
El vencedor de los ogros .....	77
Vergonzosa y valiente .....	93
El paje de Nosedónde .....	110

PRINTED IN SPAIN



BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA